

FERNANDO
PESSOA
poesía VIII

MENSAJE

EDICIÓN BILINGÜE DE
JUAN BARJA Y JUANA INAREJOS

PRÓLOGO DE
MIGUEL CASADO

GLOSARIO DE
PATXI LANCEROS

ABADA EDITORES



FERNANDO
PESSOA
poesía VIII

MENSAJE



OBRAS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TÍTULO ORIGINAL: Fernando Pessoa:
• *Mensagem*

© JUANA INAREJOS Y JUAN BARJA, 2016
de la traducción

© MIGUEL CASADO, 2016
del prólogo

© PATXI LANCEROS, 2016
del glosario

© ABADA EDITORES, S.L., 2016
de la presente edición
Calle del Gobernador, 18
28014 Madrid
www.abadaeditores.com

cubierta ESTUDIO JOAQUÍN GALEGO

producción GUADALUPE GISBERT

ISBN 978-84-15289-13-5 [obra completa]

ISBN 978-84-16160-59-4 [vol. VIII]

IBIC DCF

depósito legal M-36144-2016

preimpresión DALUBERT ALLÉ

impresión VIRO, SERVICIOS GRÁFICOS, S.L.

FERNANDO
PESSOA
poesía VII

MENSAJE

EDICIÓN BILINGÜE DE
JUAN BARJA Y JUANA INAREJOS

PRÓLOGO DE
MIGUEL CASADO

GLOSARIO DE
PATXI LANCEROS



MENS AGITAT MOLEM

Para una lectura del Pessoa utópico

Miguel Casado

I. MALESTAR

Fernando Pessoa publicó *Mensaje* en diciembre de 1934; fue el único de sus libros que preparó para la imprenta, el único que vio editado, pues murió el 30 de noviembre de 1935, un año más tarde, sin haber culminado ninguno de sus otros proyectos. Y no solo por esto resulta un libro singular: su planteamiento parece cerrado en sí mismo, sin vías de comunicación a primera vista con los demás textos pessoanos; dibuja un lugar propio, relativamente aislado dentro de la escritura del autor, y no remite a la voz múltiple que ha hecho legendario a Pessoa, sino que contiene una de sus facetas menos frecuentadas, menos conocidas por los lectores que en todo el mundo tiene.

Cuando en una carta —a la que volveré— trata de explicar cuál de sus personalidades se manifiesta en *Mensaje*, se presenta así: «Soy de hecho un nacionalista místico, un sebastianista racional»¹ —es decir, se define por un lugar a la vez político y espiritual, y por una determinada inserción en la tradición portuguesa. Pessoa, en efecto, repasa la nómina de quienes fueron protagonistas en la formación y consolidación de la entidad nacional de Portugal y de su independencia, situando su tarea bajo el amparo del dios católico. En una segunda parte, distingue como empresa de la madurez

1 Fernando Pessoa, *Teoría poética*. Edición de José Luis García Martín. Traducción de José Ángel Cilleruelo. Madrid, Júcar, 1985, p. 185.

nacional los descubrimientos realizados en África, América o Asia, y caracteriza igualmente a los personajes que los llevaron a cabo. Y, por fin, comparte la propuesta utópica del sebastianismo, como proyecto colectivo aún vigente; como es sabido, el joven rey Don Sebastián, desapareció en la batalla de Alcazarquivir el 4 de agosto de 1578, en el curso de una expedición al Magreb; no se encontró su cadáver y, desde esos mismos momentos, se generó la esperanza —y la leyenda— de su regreso liberador, en cuya duradera onda de energía viene a inscribirse también Pessoa.

De este modo, *Mensaje* ofrece una lectura histórica en la línea iniciada por *Os Lusíadas*, de Camões, basándose, como principal fuente, en la romántica *Historia de Portugal*, de Oliveira Martins, un autor decimonónico que anudó el curso de los siglos en torno a la utopía sebastianista. Y, como ocurre en estos precedentes, a Pessoa lo mueve una voluntad nacionalista, que, en su caso, asumiría a la vez un carácter *espiritual*, no tanto por su confesionalismo (que parece derivarse del contexto histórico de los orígenes de la nación), como por su forma de eludir la práctica inmediata de la política, idealizando algunos principios, y por el oscuro fluir subyacente de una concepción esotérica. Todo ello va tomando cuerpo en el libro gracias a una sintaxis latinizante y al uso de formas cerradas, neoclásicas, que no tendrían ya por referencia —como en la poesía firmada por el heterónimo Ricardo Reis— a Horacio y la tradición clásica, ni tampoco el manierismo exuberante de Camões, sino un prieto verso elíptico y abstracto, casi conceptista, que a veces recuerda el momento de cruce entre el primer Renacimiento y lo medieval tardío, y que para nosotros conlleva la lejana resonancia de un Jorge Manrique más flexible, más libre.

En *Mensaje* parecería que, en vez de la pluralidad de voces de los heterónimos que dialogan en el escenario del drama pessoano, aquí es una pluralidad de lenguas la que entabla conversación: la heráldica, la emblemática, la mesiánica, la mitológica, la esotérica, la numerológica, la de la tradición literaria... Pessoa tuvo que realizar una tarea ingente para escribir y organizar, para articular todos los subtextos, tra-

mas y codificaciones. Sin embargo, nunca se desprendió de una especie de malestar que le producía *Mensagem*, y que quizá no era sino el modo de incorporarlo a una obra inestable y en conflicto siempre consigo misma.

EL MALESTAR DEL AUTOR

«Estoy absolutamente de acuerdo con usted en que no fue feliz el estreno que de mí mismo hice con un libro de la naturaleza de *Mensagem*»²: dice Pessoa casi al principio de la carta que le dirige el 13 de enero de 1935 a Adolfo Casais Monteiro —poeta veinte años más joven que él, director entonces de la revista *Presença*—, célebre carta que incluye el citadísimo relato de cómo surgieron los heterónimos. El desarrollo de la carta trata, después de esa primera confesión, de buscar justificaciones. En primer lugar, alega, no habría tomado en sentido estricto una decisión, la publicación no era iniciativa suya: «Comencé con este libro mis publicaciones por la simple razón de que fue el primer libro que conseguí, no sé por qué, tener organizado y listo. Como estaba dispuesto, me incitaron a que lo publicase; accedí» —y no es ajeno al malestar, y quizá a la mala conciencia, que Pessoa no relacione esa casual invitación a publicar con la propuesta previa de que lo presentara a un concurso, convocado para libros que exaltaran el nacionalismo portugués. Quizá esta convocatoria fue el desencadenante práctico³; en todo caso, no se debió a una razón interna del propio libro o de su obra que lo eligiera como tardío estreno editorial.

En segundo lugar y desde la perspectiva del autor, no deja de percibirse un desajuste entre este desarrollo de los hechos y la minuciosa forma, casi maniática, en que concebía Pessoa todos sus proyectos, hasta el punto de nunca llegar a cerrarlos. El inacabamiento de sus textos y su privacidad son constituti-

2 Fernando Pessoa, *Teoría poética*, ed. cit., p. 185.

3 Obtuvo finalmente el segundo premio —el primero para libros más breves—, que también conllevaba la publicación.

vos de su escritura, vista en conjunto y desde ahora. Parece que motivo principal del malestar sería la discordancia entre la publicación de *Mensaje* y su poética de lo múltiple, el rechazo que siempre había sentido a que una sola poética, unitaria, pudiera tomarse como la suya personal: «Cuando a veces pensaba en el orden de una futura publicación de mis obras —sigue diciendo en la carta—, nunca un libro del género de *Mensagem* había figurado en primer lugar. Dudaba si debía comenzar por un libro de versos grande —un libro de unas 350 páginas— englobando varias subpersonalidades de Fernando Pessoa...». Y eso le lleva a reconocer, después del inicio ya citado, un déficit evidente: «Soy de hecho un nacionalista místico, un sebastianista racional. Pero soy aparte y hasta en contradicción con esto, muchas otras cosas. Y esas cosas, por la misma naturaleza del libro, *Mensagem* no las incluye».

Se entiende bien que este resultara el modo menos previsible, para él mismo, de empezar la publicación de sus textos, aunque no fuera consciente de la cercanía de la muerte y, en esa medida, confiara aún en tener ocasión de dar una imagen más completa de sí —por eso, el razonamiento que traslada a Casais Monteiro continúa con el recuento de los proyectos inmediatos—. Llevaba ya muchos años pensando cómo resolver el tránsito desde las revistas y periódicos al libro, y cómo debían articularse sus distintas poéticas para que la posible obra impresa asumiera la pluralidad. Y no actuó así: el cierre estructural de *Mensagem* apuntaba en dirección opuesta. Intentó argumentar en su defensa, pese a todo, con una tercera justificación: «Estoy de acuerdo con usted, dije, en que no fue feliz el estreno que de mí mismo hice con la publicación de *Mensagem*. Pero estoy también de acuerdo con el hecho de que fue el mejor estreno que podía hacer. Precisamente porque esta faceta —en cierto modo secundaria— de mi personalidad no había sido nunca suficientemente manifestada en mis colaboraciones en revistas»⁴.

4 El argumento no respondía del todo a la verdad. Una revista había publicado en 1922 *Mar Português*, la segunda sección del libro y un tercio de él en extensión.

Las distintas poéticas que integran la obra de Pessoa mantienen una continua discusión entre sí, confrontando sus concepciones del mundo o proponiendo fórmulas lingüísticas y estructurales muy diferentes. Pero me atrevería a decir que la forma en que, en distintos lugares de la obra, se rechazan rasgos o posiciones contenidos en *Mensagem*, más que del orden de este tipo de divergencias, es del orden de la descalificación. Me limito a poner tres ejemplos, para subrayar lo aislado de este libro y el tipo de malestar que lo acompaña. En un poema firmado por Álvaro de Campos, significativo por su anotación manuscrita: «El inicio de Álvaro de Campos» (el poema parece ser tardío, y falsa, pues, su datación, pero con la evidente idea de dotar al personaje de unas raíces que lo definan), se lee esta exclamación: «¡Tan poco heráldica la vida!»⁵; como veremos, la heráldica es motivo sobre el que se articula, en buena medida, la estructura de *Mensagem*. No es la única expresión de distancia de Álvaro de Campos; podría citarse también su escepticismo específico respecto a los viajes a Oriente, que habían sido el núcleo de la epopeya de los descubrimientos; así, los versos de *Opiario*, el primer gran poema con su firma: «Mas yo busco en el opio que consuela / un Oriente al oriente del Oriente»⁶, o, de modo más trivial, «Me parece que no vale la pena / ir hasta Oriente y ver la India y China»⁷.

La segunda muestra de desacuerdo la tomo de la continuada defensa del paganismo que hace Ricardo Reis y la dureza de los ataques al cristianismo que van inscritos en ella —igual que en los textos en prosa firmados por António Mora, el doble filosófico de Reis—; frente a ello, la ya citada confesionalidad católica de *Mensagem* y un providencialismo que convierte a Dios en factor determinante del proyecto nacional portugués. Y quizá el tercer ejemplo sea el más fuerte,

5 Fernando Pessoa, *Poesía III. Los poemas de Álvaro de Campos*, 1. Edición de Juan Barja y Juana Inarejos. Madrid, Abada, 2012, p. 59.

6 *Ibidem*, p. 77.

7 *Ibidem*, p. 81.

porque lo pone el poema «Elegía en la sombra», escrito solo medio año más tarde de la publicación del libro, en junio de 1935, y, como este, firmado por Pessoa con su propio nombre: «Duerme, madre Patria, nula y postergada, / y, si un sueño te surge de esperanza, / no creas en él, porque todo es nada, / y nunca viene lo que ha de venir»⁸; donde se percibe realmente esta *elegía* como un anti-*Mensaje*.

EL MALESTAR DE LOS LECTORES

Algún tipo de malestar, como el compartido por Pessoa con su corresponsal, seguirá acompañando la fortuna de *Mensaje*; será el malestar de los lectores, aunque ya no con las mismas causas, porque la perspectiva es, obviamente, otra: los lectores disponen del resto de la obra de Pessoa, pueden ir conociendo y sopesando las diversas voces que en ella hablan, contando siempre con su multiplicidad: es inevitable que unos prefieran a Campos o a Reis, otros a Caeiro o al *ortónimo* Pessoa; no se puede quizá disfrutar por igual todas las poéticas, aun admirando el conjunto. Creo que el malestar de los lectores ante *Mensaje* se relaciona con una de estas dos causas o con ambas: con la apuesta ideológica por un nacionalismo de corte tradicional y teocrático, por una parte, y, por otra, con los efectos, en la lengua y el mundo del libro, de un trabajo estructural de cierre, sin precedentes en Pessoa. Merece la pena detenerse primero en un punto y luego en el otro, para ir, con esta guía, entrando más en materia.

a) MALESTAR POLÍTICO

Entre la infinidad de los escritos inéditos de Pessoa, de sus hojas de prosa inacabadas, abandonadas y luego reanudadas en otro punto, proliferan y casi predominan los de inten-

8 Fernando Pessoa, *Mensagem. Poemas esotéricos*. Edición de José Augusto Seabra (coord.). Madrid, ALLCA XX y Editorial Universitaria de Chile, 1997, p. 106 (la traducción es mía).

ción política, mezclándose esas notas nunca publicadas con los textos dados a la prensa. A lo largo de toda su vida, Pessoa fue tomando posición de forma pública sobre cuestiones políticas, tanto de actualidad como de mayor calado ideológico; en la pequeña parte de los escritos que fue publicando, los de enfoque político ocupan sin duda un lugar proporcionalmente destacado. El conjunto y, en particular, los inéditos muestran —como señala González Varela, autor de una amplia antología— «a un Pessoa hiperpolítico, tribuno, sociólogo, profeta, incluso historiador en ciernes. La *hybris* política latía en sus venas»⁹, e incluso se creería que: «El *trait d'union* entre el poeta y el pensador político es lo que nos permite descifrar el *pathos* de Pessoa»¹⁰.

De una primera aproximación no se concluye, sin embargo, que tan constante inquietud política haya generado una línea de pensamiento única y coherente; es cierto que los textos tienden en general a un aristocratismo que se antepone a la igualdad postulada por los principios democráticos, tienden a una posición reaccionaria que encajaría con los impulsos antimodernos y autoritarios de cierta derecha europea del primer tercio del siglo XX. Pero los vaivenes de Pessoa en sus tomas de postura ante la actualidad portuguesa y su disidencia en cuestiones centrales para esta tendencia política impiden que se le adscriba a ella sin reparo. Por un lado, alternó varias veces su apoyo a la monarquía o a la república, encontrando sus argumentos en una casuística difícil de sistematizar, lo mismo que varió de actitud respecto a los gobiernos dictatoriales que conoció (Sidónio Paes, Salazar...); por otro lado, la frecuente condena del catolicismo, su orientación racionalista pero no pragmática (y ahí, quizá, la vinculación con la masonería), o la pasión por la

9 Nicolás González Varela, «El *pathos* de un escritor patriótico», introducción a: Fernando Pessoa, *Política y profecía (Escritos políticos 1910-1935)*, edición de Nicolás González Varela, Barcelona, Montesinos, 2013, p. 9.

10 *Ibidem*, p. 39.

modernidad que representaba Álvaro de Campos, abren distancias con la derecha tradicional difíciles de suturar. Así, en ocasiones se declara apasionado nacionalista y en otras afirma que la única patria que conoce es la lengua portuguesa. Por eso, cuando Teresa Rita Lopes propone que «el hombre de acción que Pessoa curiosamente era, cristalizó sus impulsos en el pequeño cofre de *Mensagem*»¹¹, cuesta asumir que el libro pueda jugar ese papel en un conjunto que no parece admitir síntesis, sino más bien apertura y dispersión de líneas.

Quizá sea el deseo de dibujar con precisión una voluntad política tan variable, de encontrar un punto quieto entre las dudas que suscita, lo que lleva a atribuir a *Mensagem* este peso. En esa línea iría la interpretación de Judith Balso: «*Mensagem* dispone una especie de 'cifra' de Portugal. Y este libro no puede ser leído más que en el modo de un desciframiento, a cuyo término la esencia de lo nacional que contiene, resultará o bien descubierta, o bien irremediablemente fallida»¹². No sé si hablar de un tipo de *desciframiento* que hace depender de él el destino de lo nacional no obstruye la *lectura* que todo libro de poemas espera; en todo caso, la propuesta de Balso, pese a su dramatismo, contiene elementos que relativizan la función condensadora, de formulación de un programa político, que parece concederse a *Mensagem*. Sus palabras sugieren que no se trataría propiamente de un ejercicio de exaltación nacionalista —como requerían las bases del consabido concurso—, sino de una búsqueda de otra clase, quizá metafísica («la esencia»), y que, además, su enfoque no es unívoco, ofrece elección, un camino bifurcado; aunque uno de sus términos esté marcado como un logro, y el otro, por el contrario, como un fracaso, la doble posibilidad está ahí, lo negativo asoma también como posible destino.

11 Teresa Rita Lopes, «*Mensagem de uma vida*», en Fernando Pessoa, *Mensagem. Poemas esotéricos*, ed. cit., p. 353.

12 Judith Balso, *Pessoa, le passeur métaphysique*. París, Seuil, 2006, p. 183 (la traducción es mía).

Con todo, lo cierto es que el libro no fue una solución improvisada para una situación concreta —aun con su carácter circunstancial—, sino que culminó un proyecto mantenido al menos durante dos décadas de la vida de su autor. Las notas más antiguas que se conocen son de principios de los años 10, con la previsión de titular *Portugal* un poema extenso, pensado ya en términos míticos: Vasco de Gama y Don Sebastián compartirían espacio con Orfeo o Fausto¹³. Pero bocetos con este grado de elaboración hay muchos entre los papeles de Pessoa, y de ese primer momento solo se conserva un poema, «Gladio», fechado el 21 de julio de 1913, que pasaría entero a *Mensagem* con el título «Don Fernando, Infante de Portugal». Un segundo paso documentado, como mencioné, es la aparición de la sección central de *Mensagem*, ya con el título de «Mar portugués», en el número 4 de la revista *Contemporânea*, en diciembre de 1922. Dado que el libro definitivo salió de la imprenta en diciembre de 1934, la escritura de los poemas se prolonga veintiún años al menos; el último está fechado el 2 de abril del mismo 1934. Los años en los que Pessoa escribió más poemas con este fin fueron 1928 y 1934, nueve en cada uno, aunque en el caso del último se concentraran —por la necesidad de cerrar el libro— en los tres primeros meses; resulta clara, pues, la dilatada pervivencia del proyecto.

Volviendo al pensamiento político de Pessoa, y su concreción en *Mensagem*, Teresa Rita Lopes lo ha descrito de un modo que lo acerca a lo que fue el *regeneracionismo* español: «Su sebastianismo fue una estrategia: tentativa de alentar el ánimo de los portugueses, esa brasa fría, a través de un mito congregador»¹⁴; sin duda, la imagen de Castilla que postularon Unamuno o Machado tenía también un aura mítica, por mucho que se repitiera aquella frase de Costa sobre dejar

13 Ver Fernando Cabral Martins, *Introdução ao estudo de Fernando Pessoa*. Porto, Assirio & Alvim, 2014, p. 237.

14 Teresa Rita Lopes, loc. cit., p. 352.

bien cerrado el sepulcro del Cid; en el caso de Pessoa, se partiría asimismo de un diagnóstico sobre el estado de ánimo colectivo y con una perspectiva formada al amparo de una leyenda aún latente.

Es significativo a este respecto el desarrollo del poema «El Infante»: da cuenta en principio de cómo Dios eligió a un portugués para asumir un destino que abocaba al mar y al futuro, y que llegaría a ser destino de la nación; pero la consumación de este designio quedó a medias: se cumplió la parte que conducía al mar, el imperio se hizo, y luego se deshizo: «¡Falta, Señor, cumplirse Portugal!»¹⁵. De este modo, según el texto, Portugal logró un sentido, asumió su responsabilidad en la empresa humana común, pero no supo o no pudo, en el curso de esta acción, hacerse a sí mismo. Obtuvo identidad, pero no retuvo su ser. *Mensaje* daría cuenta, así, de un destino colmado primero y frustrado después, y de un subsiguiente estado de postración; es cierto que habla poco de la parte negativa del balance, pero hace pesar ese silencio de forma decisiva. En el poema «Niebla», además de referirse a la mañana en que, según el mito, habrá de reaparecer Don Sebastián, la *niebla* toma otros dos valores: uno corresponde al estado del presente —«Niebla eres hoy, Portugal»—; el otro, a lo etéreo del proyecto colectivo y de la esperanza, a su inconsistencia: «Nadie sabe lo que quiere. / Nadie sabe qué alma tiene, / ni sabe qué es bien ni mal. / [...] / Todo es incierto y postrero. / Todo suelto, nada entero». La conciencia, la fuerza de la crítica negativa es lo que abre la posibilidad del futuro. Y la descripción del estado de la nación, la discrepancia con él, impide pensar que el poeta escriba en apoyo de ningún régimen o propuesta política actual; solo queda la energía que nace de un deseo contiguo a la desesperación. Y es ese deseo el que explica que, en tal punto de pérdida, Pessoa dé un giro sorprendente y decida que, puesto que todo es niebla, es ya el momento que el mito preveía; precisamente «¡Es la Hora!».

15 Todas las citas de *Mensaje* están tomadas de la presente edición.

Por tanto, las posibles causas de un *malestar político* se diluyen en la apertura del planteamiento pessoano que, por otro lado, parece movido más por una lógica personal que por razones ideológicas. Quizá esto se perciba observando el lugar que ocupa *Os Lusíadas* en el libro. Salvo el sebastianismo, que no podía estar aún en el poema de Camões por obvias razones cronológicas (se publicó seis años antes de la desaparición del rey), hay una notable coincidencia en el recorrido histórico de ambas obras y, sin embargo, *Mensagem* no hace mención de ello; no se incorpora Camões a la galería de los héroes, aunque esta incluye figuras de escritores menos consagrados, como las de Bandarra o António Vieira. Y no puede haber desconocimiento por parte de Pessoa, que en diversas ocasiones, anunció la llegada de un *supra* Camões; no hay desconocimiento, sino intención. Con *Os Lusíadas* coincide *Mensagem* en el recorrido por la constitución de la nacionalidad, en su inventario de personajes históricos, en la epopeya de los navegantes y descubridores, en la médula religiosa de la empresa, en múltiples motivos y escenas. Pero, aparte de no nombrarlo, hay signos de evidente distancia, como la casi completa impugnación del depósito mítico greco-latino, del que Camões se nutría hasta el punto de intercalar digresiones de ese origen y quebrar el hilo épico; en *Mensagem* la huella de este fondo es mínima y se limita a la figura *fundadora* de Ulises y un par de alusiones sueltas.

Eduardo Lourenço ha definido el libro de Pessoa como un «anti-Lusiadas»: con Camões llevaría a cabo Pessoa una «tachadura freudiana que constituye el centro hueco de la estructura textual y mítica de *Mensagem*»¹⁶. Sin duda es así, como parte de una extraña rivalidad histórica, del ánimo competitivo que parecía mover el impulso de escritor de Pessoa. Pero también porque el patronazgo de Camões le habría quitado flexibilidad para introducir los toques personales

16 Diversos estudios de Eduardo Lourenço, citados por Maria Helena da Rocha Pereira, «Ulysses e a Mensagem», en Fernando Pessoa, *Mensagem. Poemas esotéricos*, ed. cit., p. 309.

que hacen de su libro *escritura* y no un tratado histórico ni un programa político. La asociación mundo clásico-cristianismo de *Os Lusíadas* seguramente le repugnaba, por el lugar que guardaba su pensamiento para el paganismo, y porque además lo católico adquiriría en Camões notable rigidez; la forma narrativa y el frecuente juego de buenos y malos, de héroes nobles y dañinos infieles, se oponían al análisis conceptual que Pessoa iba a proponer, como forma coherente con su proyecto y compatible con su personalidad. Si debía apoyarse por una vez en la raíz cristiana de la nación, le era preciso dotarla de un carácter espiritual asociado a un destino, y no cabía construir la utopía sebastianista del «Quinto Imperio» con los materiales de la conquista. Sí, la querencia de desplazar a Camões del pedestal, pero sobre todo las exigencias de su propia escritura, el trazado —tan minucioso y pensado siempre— de su poética. Abrirse a un espacio que no esté condicionado ideológicamente, moverse en él con energía poética.

b) MALESTAR POÉTICO

Me referí antes a una segunda causa del malestar del lector: los efectos en el libro, en su lengua y mundo, de un trabajo estructural de cierre, único en la obra de Pessoa, impuesto en buena medida por las exigencias de la publicación. Así, con la sintaxis cultista y los esquemas estróficos se da cuerpo a un conjunto de materiales de variada procedencia. Si, por supuesto, dominan los de carácter histórico, vienen a sumarse a ellos otros innumerables, como los que tienen origen en la mitología artúrica —que trataría de reforzar el relato sebastianista, por sus coincidencias con la historia del Grial, también de pérdida y esperanza de reencuentro, o el papel de la niebla en los ciclos celtas— o las alusiones al mundo ocultista, sus símbolos y corrientes, como ocurre en «El Encubierto», poema en el que se superponen la rosa y la cruz —*rosacruz* literalmente. Todo parece caber en el libro —así, Ángel Crespo recordó la relación mítica de Orfeo, título de la ya lejana revista, con los navegantes, o las resonancias del

Liber Numerorum de San Isidoro¹⁷— que, siendo un espacio sincrético, ofrece una tersa superficie de lengua. Uno de los mejores ejemplos de la diversidad de referencias que fluye en un solo cauce es «O mostrengo», el poema sobre el monstruo que acecha en el fin de los mares, donde se funden el gigante Adamastor—que Camões encontró en fuentes antiguas y contemporáneas—, la peripecia histórica de Bartolomeu Dias—que solo al tercer intento consiguió doblar el llamado Cabo de las Tormentas, en el confin austral de África—y el eco de algún pasaje de la *Balada del Viejo Marinero*, de Coleridge, sobre todo en la figura del *homem do leme* [el timonel]. Todo está ahí, todo actúa, pero el poema lo marca el pulso de Pessoa, con sus recurrencias solemnes, en las que caben tanto lo grotesco del monstruo—tan «romo» que se echa a rodar por tres veces— como la emoción épica ante el destino que asume la forma de una obstinada obediencia—también tres veces sometida a prueba—; el ritmo del poema mece en sus olas ambas formas del absurdo.

Consciente de este minucioso trabajo, Roman Jakobson, uno de los ilustres precursores de la difusión internacional de Pessoa, basaba de modo preferente en *Mensaje* su juicio sobre el poeta; el ensayo que firmó en 1968 con Luciana Stegagno-Picchio proponía: «Pessoa debe ser incluido entre los grandes poetas de la 'estructuración'»¹⁸. Y este chocante diagnóstico, aplicado a quien subrayó entre sus opciones de escritura el inacabamiento y la dispersión, se apoya en una categoría usada por el propio poeta; según él, los así definidos serían capaces de una mayor complejidad, «porque expresan construyendo, arquitecturando, estructurando»¹⁹, y apuntan de

17 Ver la extensa introducción en Fernando Pessoa, *El poeta es un fingidor* (*Antología poética*), edición de Ángel Crespo, Madrid, Austral, 1982.

18 Roman Jakobson y Luciana Stegagno-Picchio, «Los oxímoros dialécticos de Fernando Pessoa», en Roman Jakobson, *Ensayos de poética*, traducción de Juan Almela, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 236.

19 Citado por Jakobson y Stegagno-Picchio, que lo toman de una carta a Francisco Costa, escrita en agosto de 1925.

ese modo una tendencia a la universalidad, a lo que se manifiesta al margen de accidentes. En el desarrollo de este criterio, el ensayo de Jakobson estudia, por ejemplo, las frecuencias vocálicas y su sistema de aparición, inaugurando los muy numerosos trabajos que se ocupan de establecer armonías cuantitativas, claves numerológicas, etc. *Mensaje* quedaría, así, justificado como una labor ejemplar de orfebrería lingüística, como un tejido extremadamente cuidadoso y complejo de relaciones, proporciones o simetrías. Pessoa mismo, en una suerte de iluminación estructuradora, llega a incluirlo todo —aún en la carta a Casais Monteiro— en un efecto de trascendencia que lo desborda: «Lo que hice por causalidad y se completó en conversaciones fue exactamente tallado, con Escuadra y Compás, por el Gran Arquitecto».

Hay, por tanto, muchos hilos de los que es posible tirar; me limito a un solo ejemplo de la crítica que se mueve en esta órbita de una «poesía de la estructura». *Mensaje* se abre con un epígrafe en latín, como luego ocurre con fórmulas latinas más breves en cada una de las secciones: «*Benedictus dominus deus noster qui dedit nobis signum*» [Bendito el señor nuestro dios que nos dio enseña]: la invocación religiosa en latín, la acción divina de conceder *signum*, las formas (*nobis, noster*) de un *nosotros* que sitúa las coordenadas del *mensaje* más allá de lo personal. Como explica Adrien Roig, el «*signum*» tendría el sentido de la enseña para el campo de batalla, lo mismo que el romance *brasão* [blasón], que da título a la primera parte del libro. Blasón concedido por Dios a una comunidad que pronto se identifica con Portugal. El desarrollo se va dividiendo en secciones que corresponden a los distintos campos del escudo de Portugal: los castillos, las quinas, etc. Hay en todo ello un sabor medieval y, también, la alusión permanente a la intervención divina y a los mitos nacionales.

Tanto los castillos como las quinas remiten a la batalla de Ourique, ganada a los musulmanes en agosto de 1139 por el primer rey de Portugal, Afonso Henriques, y que abrió la conquista de Lisboa y de todo el centro del país. Los castillos son siete, como los reyes moros derrotados²⁰, y las quinas

remiten a la visión de Cristo que tiene el rey en la víspera de la batalla, en la que le concede como armas sus propias llagas²¹. Adrien Roig piensa que «existen relaciones estrechas entre la *Visión* de Don Afonso Henriques, el Epígrafe y los poemas»²² y, a partir de ahí, estudia la recurrencia de las palabras clave en las diferentes secciones del libro; y añade otra hipótesis: Pessoa conoce y tiene en cuenta, siguiéndolo estructuralmente, el relato (¿original?) en latín de la *visión* que, según la tradición, fue encontrado en el monasterio de Alcobça en 1596. Roig culmina su sugerente trabajo con un juicio sobre el género del libro: «Esta primera sección hace recordar, por su naturaleza y estructura, la literatura emblemática. Se parte de un conjunto dibujado, de un grabado (en este caso el Blasón de Portugal). Se inscribe debajo una fórmula, frecuentemente enigmática, lacónica (el Epígrafe inicial) y se va esclareciendo, en un comentario organizado (la secuencia de los poemas), explicitando con ejemplos y autoridades (héroes y soberanos portugueses) el valor y la significación simbólica de cada uno de los elementos del grabado»²³.

20 Las interpretaciones difieren en algunos detalles. Suele hablarse de cinco reyes, a los que se sumarían las plazas de Lisboa y Évora ocupadas después.

21 Curiosa y emblemática palabra esta de *quinas*, asumida por el castellano. Según la Academia: «Armas de Portugal, que son cinco escudos azules puestos en cruz, y en cada escudo cinco dineros en aspa». Tirso de Molina escribió una obra titulada *Las quinas de Portugal*: «Las armas que a Lusitania / otorga mi amor propicio, / en cinco escudos celestes / han de ser mis llagas cinco; / en forma de cruz se pongan, / y con ellas, en distinto / campo, los treinta dineros / con que el pueblo fermentado / me compró al avaro ingrato». También en las *Soledades* de Góngora aparecen «las quinas» como metonimia de las naves portuguesas que cruzan el océano hacia Asia.

22 Adrien Roig, «*Mensagem*: Heráldica e poesia», en Fernando Pessoa, *Mensagem, Poemas esotéricos*, ed. cit., p. 284. La versión portuguesa del original francés es de Ângela Carvalhas (traduzco del portugués).

23 *Ibidem.* p. 292.

«Si se atiende a la perfección externa, esta es su obra más completa»²⁴ —decía Octavio Paz, otro de los primeros, fuera del ámbito lusista, en difundir y valorar la obra de Pessoa. Pero ¿qué sería la *perfección externa* en un libro de poemas?, ¿se define como *externo* lo que no se integra en el cuerpo poético? Es curioso que, mientras en la mayoría de los libros de Pessoa la atracción por los *heterónimos* acaba sustituyendo con frecuencia la lectura concreta del texto, aquí llega tal vez al mismo resultado el conjunto de lenguas y saberes, el sistema de conexiones y referencias. Recuerdo ahora aquella formulación, quizá discutible pero muy fértil, que hacía Ferlosio de un «principio de patencia» para la lectura de poesía. Acogiéndose a la idea de *efecto* y de *unidad de efecto* que desarrolló Poe, piensa que los elementos poéticos son los que, al margen de su dificultad, están activos ante el lector, que los percibe en una copresencia mutua, y por eso «lo accesible únicamente mediante el descifrado carece de existencia literaria, no forma parte de la obra»²⁵. Sin duda, extremar tanto la afirmación puede agrietarla; pero algo de esa índole sucede; quizá ninguna de las tramas que subyacen al libro contiene las claves de su lengua y su mundo, de su poética. Y es lo *patente* en los poemas lo único que, pese a la costumbre crítica, constituye *Mensaje*.

Creo que con esto se relaciona el *malestar* de los lectores, que quedaría explicado en la misma cita de Octavio Paz ya comenzada: «Si se atiende a la perfección externa, esta es su obra más completa. Pero es un libro fabricado, con lo cual no quiero decir que sea insincero sino que nació de las especulaciones y no de las intuiciones del poeta. [...] Para que los símbolos lo sean efectivamente es necesario que dejen de simbolizar, que se vuelvan sensibles, criaturas vivas y no emblemas de museo. Como en toda obra en que interviene

24 Octavio Paz, «Fernando Pessoa, el desconocido de sí mismo», en *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz, 1969, p. 158-159.

25 Rafael Sánchez Ferlosio, *Las semanas del jardín. Semana Segunda*. Madrid, Nostromo, 1974, p. 126.

más la voluntad que la inspiración, pocos son los poemas de *Mensaje* que alcanzan ese estado de gracia que distingue a la poesía de la bella literatura». El comentario, aunque con inicial prudencia, resulta contundente; es cierto que implica cuestiones de poética, sean de época (el ensayo apareció en 1962) o personales, que no parecen obvias (sinceridad, intuición, símbolo, inspiración), pero es difícil no comparar este juicio: la sensación de que el plan pesa sobre el libro y lo condiciona, de que bastantes poemas han surgido para cumplir una función sin ser necesarios en sí, sin estar vivos.

El trabajo para cerrar *Mensaje* supuso una experiencia única en la vida de Pessoa, una experiencia interesante y ambigua, que probablemente suscitó su perplejidad. Es como si la energía poética, sostenida durante las dos décadas que mantuvo el proyecto, se hubiera agotado antes de llegar totalmente a puerto, como si se destensara el poder de concentración de la lengua y hubiera que recurrir a explícitos mecanismos retóricos para rellenar el esquema, produciéndose perceptibles decaimientos. Es curioso que estos aparezcan a menudo en poemas dedicados a personajes fundamentales, que limitarían el abanico de posibilidades, pues solo cabría hacer su loa; da la sensación de que el poeta se mueve con más naturalidad cuando la desgracia se combina con el deber y las valoraciones se hacen conflictivas. Frente al juicio de Jakobson, parece que Pessoa es más un poeta del inacabamiento que un poeta de la estructura, y leer *Mensaje* lo confirma; en el espacio informe de lo abierto sus logros poéticos son extraordinarios, de modo que situarse en él habría sido, tanto como una elección personal o el fruto de una personalidad inestable y múltiple, una necesidad interna de su escritura.

Sin embargo, sería injusto con el libro hacer absoluto un juicio motivado por sus decaimientos; hay amplio margen en él para percibir el valor y la fuerza de esta lengua de Pessoa, otra más de sus lenguas.

II. LA MIRADA DE PORTUGAL

Tras haber intentado evocar algunas condiciones de la recepción de *Mensaje*, percibida como una experiencia de *malestar*, y de haber revisado determinadas líneas de articulación del texto, querría volver sobre mis pasos, retomar la lectura desde el principio, atendiendo a los tres poemas iniciales del libro, que seguramente contienen en síntesis lo sustancial del recorrido. Después del epigrafe latino, se entra directamente en la parte dedicada al «Blasón», también con su breve fórmula latina marcando el comienzo: «Bellum sine bello», «guerra sin guerra»; tras ella, dos poemas que presentan los componentes básicos del blasón, «los castillos» y «las quinas»; empieza luego la sección que desarrolla «los castillos», con el poema dedicado al mítico antepasado, «Ulises». Estos tres son los que querría releer.

«De los castillos», el primer poema, imagina el mapa de Europa como una mujer tumbada, que se apoya en los codos para levantar la cabeza y mirar hacia adelante; los codos corresponderían a Italia e Inglaterra, mientras «ese rostro que mira es Portugal». Así, Europa tiene dos fundamentos; uno que remite a la época clásica («helénicos ojos», recordando que buena parte de Italia fue griega antes que romana) y otro al mundo británico («románticos cabellos»), que reúne la modernidad de las pasiones, la libertad y el progreso. En términos de Pessoa, un codo sería Reis, y el otro, Campos; su formación inglesa ahonda y matiza el aporte clásico, le permite inclinarlo hacia una perspectiva marina —y universal—, próxima a la identidad portuguesa que va a elaborar. El movimiento del tiempo y de la cultura concuerdan, en principio, con el dinamismo sugerido por el mapa, que iría «desde Oriente a Occidente», y ello sitúa a Portugal en la vanguardia de Occidente, rostro de Europa, mascarón de proa.

Pero ya un tono decadente, muy *art nouveau*, perceptible en la selección léxica, avisaba, también desde el principio, de otra clase de inquietud temporal; Pessoa lo retoma, hacia el final del poema, para romper la aparente transparencia del dibujo:

«Con su mirar esfíngico y fatal / ve a Occidente, futuro del pasado. // Y ese rostro que mira es Portugal». Europa está mirando, sí, con sus ojos portugueses, hacia el océano que tiene delante, abarcando en su mirada la epopeya de los descubrimientos; sometido, sin embargo, al dilema de la Esfinge y al dictamen del destino, el sentimiento del tiempo vira, es ya distinto del progresivo que parecía regir: todo *estaba* abierto en un impreciso momento anterior, el gesto del mapa reproduce su tensión y su energía, pero —«futuro del pasado»— eso que era futuro entonces hoy ya se jugó. Y sopesar estas formas de pasado y de futuro será trabajo del libro.

El segundo poema, «De las quinas», habla con verso más breve, más sentencioso, fiado a la rotundidad de la rima para hacerse inapelable. Si antes se presentaba la comunidad histórica y política que protagoniza el libro, se suma aquí la opción por el cristianismo, aunque en el verso inicial estén todavía (digo *todavía*, como si se hubieran conservado después de los escritos de Ricardo Reis y António Mora) «los dioses», en plural; pero se nombra a Cristo explícitamente, no ofrece duda. Decir *Dios* es convocar también al destino, aunque el dios cristiano, en el movimiento doble que lo constituye, a la vez lo implica y lo niega: «Con desgracia y con vileza / Dios al Cristo definió: / lo opuso a Naturaleza / cuando como Hijo lo ungió»; en la concepción del hijo puso el padre componentes naturales («desgracia y vileza» lo son, como atributos existenciales) y la inmortalidad divina que se les opone. Lo que sería una definición indiscutible, por dogmática, cuando se trata de quien es dios y hombre al mismo tiempo, se convierte en extrañeza conflictiva cuando heredan esa tensión los hombres solo hombres, y a ello también alude el poema: «compra gloria la desgracia», «vida breve y alma vasta». De este modo, como generando una serie de oposiciones en torno al mismo núcleo, la religión supone un impulso del alma hacia su amplitud que a la vez la empuja al sufrimiento. La infelicidad humana, la lucha contra el tiempo, la alternativa de la aceptación, el choque entre cultura y naturaleza vendrían dados en la opción confesional,

sin que sea preciso explicitarlo apenas. La religión, el destino marcan una *verdad* trascendente, pero también establecen los límites para la existencia y su infinito y doloroso debate.

«Ulises», el último paso de este tríptico inicial, recoge la leyenda del viejo marinero de la *Odisea* como fundador mítico de Lisboa —nombre griego: Olisipo— y, con ella, de Portugal. El poema combina de modo brillante un análisis de lo que sea el mito con la pregunta por la identidad, pues ambas cosas se hacen de sí y no, de contrarios que en vez de neutralizarse se impregnan y potencian mutuamente. «El mito: nada que es todo» resume el carácter del pensamiento mítico: sin referirse a nada realmente existente, tiene un poder de explicación y de sentido que puede transformar la realidad. Así son los mitos, y la alusión en el poema al sol como cuerpo muerto de Dios, que remite seguramente al egipcio Osiris —dios celeste y también de los muertos, tan presente en las creencias herméticas—, viene a generalizar su estatuto. Ulises aporta la singularidad de no provenir del tiempo ahistórico de las mitologías, sino que, en cuanto creación de las letras griegas, nació ya como personaje literario, permitiendo así a Pessoa situarse en el vacío lógico de la paradoja: «Éste, que hasta aquí llegó, / fue por no ser existiendo. / Sin existir nos bastó. / Por no venir fue viniendo / y nos creó». Ulises vive en su falta de ser y por ella misma, se asocia al modelo de identidad que asumió Pessoa y que dio también a sus personajes-poetas; tiene el mismo modo de existir que Caeiro o Campos. Pero, como el poema dice: «nos creó», los portugueses son hijos de Ulises, herederos de su condición, y Pessoa traslada como rasgos de la identidad patria los que se han ido, a lo largo de su obra, constituyendo como identidad personal.

Al final del poema se produce un quiebro que solo indirectamente proviene de lo dicho: «Abajo, mitad de nada, / muere la vida». El mito, el sol, quedaría en un mundo de alturas; de la unidad mítica entre nada y todo, a la vida le tocaría el *no*; la realidad, la historia, la identidad nacional se fecundan y mueven con el poder del mito; la vida humana perma-

nece al margen en cuanto hecho concreto y circunstancial. Aunque Pessoa construye *Mensaje* con elementos —lengua, campos de sentido, religión— muy distintos de los que usó en la mayor parte de su poesía, en esto coincide con ella; la elaboración de determinadas esferas ideales no altera su saber de la experiencia de la existencia. Y no le importa entonces forzar las palabras, y hacer de la *realidad* —«al fecundarla, la aviva»— algo que se disocia y opone a la *vida* —«muere».

Los tres poemas abren, así, los itinerarios del libro. Lo colectivo, la identidad colectiva, nacional. La concepción del tiempo. El cruce entre Dios y destino, el papel del mito y su traducción existencial. Esta última, siempre, más latente que manifiesta.

El *nosotros* aparecía ya en el epígrafe general, y los tres poemas lo configuran como mirada, como inserción en el tiempo, como extraño y real nudo de inexistencia. Todo ello constituye el Portugal de *Mensaje*, además de la prolongada reflexión sobre la posibilidad de un proyecto y sobre cuál sería su carácter: «Portugal, nosotros, poder ser», y un poco más allá: «el desear poder querer», quizá una enumeración, o quizá, en cambio, varios infinitivos que se complementan entre sí, difiriendo el ejercicio del deseo.

En la poesía de Pessoa son infrecuentes los plurales; recuerdo ahora a los piratas en la «Oda marítima» de Álvaro de Campos: el plural le servía al personaje para colocarse fuera y fantasearse como objeto, incapaz de participar en la acción. Sin embargo, en *Mensaje* el poeta no trata solo de esbozar una identidad común, sino que se siente parte de ella, y es ese sentirse parte lo que conduce a la escritura. Cabral Martins recuerda que Pessoa propuso una empresa de «remodelación del subconsciente nacional», o que describió al zapatero y profeta Bandarra como alguien cuya labor desbordaba lo individual, de modo que su nombre podría acoger a quienes compartieran su visión²⁶. Cuando, en el

26 Fernando Cabral Martins, op. cit., p. 241.

poema «Noche», un marinero se pierde en el mar y va a buscarlo un hermano suyo, que se pierde también, y otro tercero queda a la espera de un permiso del rey para intentarlo a su vez, se perfila un sistema de relevos, en que lo personal no cuenta sino como fuerza o energía que suma. Así, el marino que sujeta el timón ante la amenaza del Monstruo, encuentra su capacidad de resistencia en un sentirse trascendido: «Al timón puesto, yo soy más que yo. / Soy un Pueblo que quiere el mar»: la trascendencia encarnada concede sentido. El *yo* en este caso no es *otro*, sino un *más que yo*; no la disgregación y la pluralidad, sino la concentración, la superación.

Por un momento parecería que esto se separa de las ideas generales del poeta, quien trató con insistencia de recordar el vínculo entre la posible identidad portuguesa y la personal, negada y múltiple, como se veía en «Ulises». Así lo proponen estas frases de una entrevista de 1923 (reciente aún la publicación de «Mar portugués»): «¿Quién, que sea portugués —se preguntaba Pessoa—, puede vivir la estrechez de una sola personalidad, de una sola nación, de una sola fe? ¿Qué portugués verdadero puede, por ejemplo, vivir la estrechez estéril del catolicismo, cuando fuera de él hay que vivir todos los protestantismos, todos los credos orientales, todos los paganismos muertos y vivos, fundiéndolos portuguesamente en el Paganismo superior? [...] Ser todo, de todas las maneras, porque la verdad no puede estar en que algo siga faltando»²⁷. Y esa última frase, aplicada aquí a Portugal, es la misma que Pessoa suele usar para proponer su poética de la heteronimia: «Ser todo, de todas las maneras».

También, en el poema sobre Bandarra, hay pasajes en que ambas identidades se comunican: «Soñó, anónimo y disperso, / el Imperio por Dios visto, / confuso cual Universo / y plebeyo como Cristo»; en estos cuatro adjetivos tan

27 Citado por Cabral Martins, op. cit., p. 239.

peessoanos —anónimo, disperso, confuso, plebeyo— la *dispersión* de la identidad y la *anónima* falta de relieve del individuo que se entrega a una empresa de signo comunitario contagian de imprecisión el proyecto nacional; adjetivos móviles, impuros y mezclados en sí cada uno, donde tanto lo personal como lo común solo parpadean como ausencia. Observa José Augusto Seabra que, sobre todo en «Mar portugués», la combinación de las perspectivas de primera, segunda y tercera persona aporta «densidad poética» y permite que se entrelacen los géneros épico, lírico y dramático²⁸; encuentra, pues, otras formas de *dispersión* a través del perspectivismo: apenas hay textos de *Mensagem* en que la voz poética se sienta como de un sujeto; actúa, más bien, una impersonalidad gnómica o una cesión de palabra a alguien que no llega a ser personaje, sino una especie de modelo o tipo: todas las personas gramaticales —añadamos el *nosotros*— para no nombrar a nadie, para reducir a los individuos al cauce de un proyecto.

La latencia de la cuestión existencial y la dispersión de la identidad, por tanto, forman parte del mundo de *Mensagem*, como del resto de la poesía de Pessoa. Pero no se sitúan en primer plano; la forma dominante en el libro es la anulación de lo personal. La composición de los textos, las opciones concretas de escritura levantan un sistema pensado para generalizar, trascender, idealizar, superar las perspectivas individuales y actuales. No importa que haya numerosos poemas; especialmente los de «Blasón», con un protagonista concreto: el retrato del personaje no suele contener elementos narrativos, sino que lo orienta una voluntad de definir, de extraer aquel valor o concepto que el héroe pueda, en cada caso, representar o aportar al curso de la historia colectiva: «Mi deber me hizo, como Dios al mundo. / [...] Contra el Destino cumplí mi deber. / ¿Inútilmente? No, pues lo cumplí» («Don Duarte, rey de Portugal»); no

28 José Augusto Seabra, «O arquitecto da Mensagem», en Fernando Pessoa, *Mensagem. Poemas esotéricos*, ed. cit., p. 243.

cambia, pues, la función del texto cuando se adopta la primera persona, que suele tomar la forma de un autoanálisis o monólogo dramático, algo como un examen póstumo de conciencia, que acercaría el pensamiento de los muertos, el más ajeno a circunstancias.

Este enfoque de las historias individuales se engrana en el plan de conjunto —ideológico, doctrinal—, que se va disponiendo como mapa conceptual perfectamente articulado. «Todas las naciones son misterios. / Un mundo entero es cada nación»: desvelar este misterio exige un tipo de comprensión para el que no importan tanto los nombres y las peripecias de los personajes, como la búsqueda en cada caso —como se ha dicho— de una *fórmula*, de una *esencia*. De este modo, alcanzar el núcleo de lo nacional no será distinto de acceder a lo universal —y no en vano está detrás el irreductible cosmopolitismo de Pessoa, por más que se revista con la apariencia de lo local—: «Solo dos naciones —la Grecia de antaño y el Portugal de mañana— han recibido de los dioses el don de ser no solo ellas mismas sino también todas las demás»²⁹. La empresa de Magallanes, su vuelta al mundo, es una empresa de conocimiento, un empeño de signo prometeico, que lleva a los titanes —defensores del privilegio de los dioses, ejercido a través del oscurantismo y la ignorancia— a celebrar con danzas su muerte.

En consecuencia, el trayecto de cada persona, por valioso que pudiera haber sido, desde esta perspectiva resulta insignificante. De ese Viriato, pionero, que habría creado el marco en que Portugal pudo hacerse, se concluye: «Tu ser es como la fría / luz de antes de madrugada, / que es ya un ir a abrirse el día / albeando confusa nada» —donde prevalece una plástica imagen de la falta de consistencia sobre la posible intuición de un comienzo. La galería de los héroes parece entonces perder su singularidad, como si el transcurso histó-

29 De una entrevista de 1923, citada en Robert Bréchon, *Extraño extranjero. Una biografía de Fernando Pessoa*. Traducción de Blas Matamoro. Madrid, Alianza, 1999, p. 417.

rico tendiera a abstraerse en una metafísica. El tratamiento del tiempo o el análisis de la relación entre destino y azar son formas de este proceso. Así, las contradicciones entre la «vida breve» y el «alma vasta», pueden obviarse con distintos procedimientos para suspender el curso temporal ordinario y, con él, los efectos del tiempo en lo personal y existencial. Cuando la nave de Don Sebastián se pierde, lleva el pendón del imperio, y, cuando el rey vuelva, será en la misma nave, llevará el mismo pendón: un paréntesis de irrelevantes siglos, repletos de acontecimientos, que se darán por no transcurridos. Así, la intervención del azar se inscribe —«todo comienzo es involuntario. / Dios, el agente»— no entre las fragilidades individuales, sino en el diseño de conjunto; Dios integra el azar de los individuos en el destino, identificado con su plan: es la maternidad de una mujer la que aporta el héroe «al que, imprevisto, Dios predestinó». Y más se refuerza el efecto cuanto más débil parece la parte humana: «No fue ni santo ni héroe, / mas Dios le dio Su señal», «Dios quiere, el hombre sueña, la obra nace»... Por esta vía, el cristianismo asume un papel clave en la concepción de la identidad, como si, en la diversidad pessoal, cada una de sus poéticas se constituyera en torno a una idea de Dios.

En un escenario que reúne identidad colectiva («fue Dios el alma y Portugal el cuerpo / cuya mano guiaría al Occidente»), detención del tiempo personal y una moral de la aceptación, todo parece, por tanto, neutralizado en la empresa común, bajo la dirección divina. Pero, si se acerca la mirada, hay momentos en que deja de percibirse una sola tonalidad en todo y se trasluce lo que quedó postergado, se toma conciencia de lo que latía por detrás. Y esto ayuda a entender mejor la lógica de este proyecto de escritura, reponiendo en la escena las fuerzas negativas que trataban de omitirse.

Visto así, es notable la frecuencia con que en la trayectoria histórica de los protagonistas de *Mensaje* se impuso la desgracia, sin que, en cambio, el concepto deducido por el

poema se haga sensible a ello. No es solo que el poema no sea propiamente narrativo ni incluya elementos de anécdota, sino que lo biográfico se escamotea por completo en numerosos casos, sin siquiera dedicarle una atención indirecta. «Doña Teresa» fue derrocada con las armas por su hijo, Afonso Henriques, y murió en prisión; el poema cifra su figura en la maternidad de un héroe fundador —ese mismo hijo— que, de acuerdo con el plan general, parece quedar disponible para reactivarse, si fuera necesario, a lo largo de los siglos. Don Duarte, después de ser derrotado ante Tán-ger, murió en Lisboa a causa de la peste; el poema encuentra en él una filosofía del deber. El infante Don Fernando fue apresado, en la misma fracasada expedición, cuando tenía quince años, y murió sin salir de la prisión de Fez; el poema se centra en la consagración recibida de mano divina y en una fiebre de trascendencia al borde de la locura. Y Bartolomeu Dias, «el Capitán del Fin», yace en una playa próxima a ese cabo extremo recién superado; una de las tormentas inmediatas a la hazaña acabó con él, cuya aportación había sido la doma de lo misterioso: «Dobló el Asombro. / Mar solo es mar».

No es preciso seguir enumerando, basta esto para mostrar el propósito de Pessoa en su tarea de abstracción, pero también lo que no queda del todo oculto por ella. En boca del desdichado Don Duarte se lee: «En mi tristeza firme, así viví» —y el dato emocional, subjetivo, pone espesor en el fino trazo de los valores, decolora en sombra su espacio ideal. Y se sigue leyendo entonces: el mar es salado por las lágrimas portuguesas, «quien quiera ir allende Bojador / ha de pasar allende del dolor». O, en uno de los momentos más altos de ensoñación del «Quinto Imperio», cuando se lo asocia a una victoria del alma sobre el poder del tiempo, se filtra esta pequeña sentencia: «ser descontento es ser hombre». *Mensaje* se resiste a ser epopeya, eludiendo los hechos y el flujo narrativo, y se encuentra siendo elegía, seguramente sin haberlo pretendido. La preferencia del poeta por los casos desdichados, aun idealizándolos, el modo en que deja entrever los factores negativos que los rodean, ensordece su labor

programática, perturba con su eco la claridad de sonido del *mensaje*.

Y hasta tal punto ocurre así que, en el flujo de detalles postergados, los requisitos para participar en el proyecto colectivo —la moral de la aceptación tomada como actitud vital— parecen endurecer su exigencia en una línea que Pessoa ya había perfilado: «Realicemos en nuestra alma la llegada de Don Sebastián, [...] obra pagana, obra antihumanitaria, obra de trascendencia y de elevación, hecha a través de aquella crueldad para con nosotros mismos que el espíritu de Nietzsche, en un momento lúcido, vio como base de todo sentimiento de imperio»³⁰. La formulación de opuestos para impedir la síntesis de sus poéticas y hacer más perceptible la apuesta pluralista abre, en ocasiones, canales de comunicación como este, en el que cabe reconocer la misma raíz que alimentaba los brotes del impulso masoquista en Álvaro de Campos. En el recorrido por la desdicha, en el intento de obviarla en aras de un proyecto superior, vuelven a coincidir, pues, lo personal y lo colectivo, como entiende Eduardo Lourenço: «El sentido mítico y místico de la vida de Pessoa, figurado y confundido con el destino de un pueblo 'crístico' que, como el Salvador, no debió su elección sino al sufrimiento y a la humillación con que Dios, enigmáticamente, lo distinguió»³¹. Es la misma lógica de aquella sentencia: «Abajo, mitad de nada, / muere la vida».

El trabajo de abstracción con su designio esencialista, el propósito de trascender las negaciones existenciales, solo en apariencia había borrado la huella del sufrimiento, que acaba saliendo a flote, ocupando su lugar. Quizá el verdadero proyecto de Pessoa, el sentido de esta formalizada *guerra sin guerra*,

30 Fragmento inédito sin fechar, en Fernando Pessoa, *Política y profecía*, ed. cit., p. 128.

31 Eduardo Lourenço, «Sueño de imperio e imperio de sueño», en Fernando Pessoa, *Mensaje*, traducción de Jesús Munárriz, Madrid, Hiperión, 2014 (4ª ed.), p. 19.

vaya, de la mano de Ulises, en una dirección distinta de esos dos movimientos —abstraer, testimoniar— entre sí opuestos: construir un planteamiento radical de irrealidad y hacer que llegue a manifestarse como propuesta política. Así, aquellos gerundios que extendían la duración sin límite de lo que no es: «Éste, que hasta aquí llegó, / fue por no ser existiendo», «por no venir fue viniendo / y nos creó»; una vida que pueda ser considerada como auténtica vida se daría en ese lugar de irrealidad o de existencia paralela. Si se leyera de este modo la mítica *fundación* de la identidad, quedaría todo situado del lado del sueño, ese escenario tan pessoano del deseo y de la creación de mundos. El sueño es quizá el nudo de conexión más abarcador de toda su obra. Ya en 1912 había parafraseado Pessoa una célebre frase de Shakespeare, aplicándola a las naves que partieron hacia la India y que se habrían construido «de aquello con que los sueños están hechos». No será entonces extraño —piensa Cabral Martins— que «se pueda formular como programa para Portugal una encarnación colectiva del sueño»³². Es la médula del sebastianismo de *Mensaje*.

Aunque su presencia se dé sobre todo en la tercera parte, «El Encubierto», el sueño nutre una corriente que fluye a lo largo del libro. Quizá el poema más característico de cómo subyace a todo sea el dedicado a Don Denís, el rey poeta, que evoca su capacidad para dar voz a un anhelo oscuro de no se sabía aún qué: puede escuchar en el habla de los pinares, en «la voz de la tierra», los sonidos de un «mar futuro», de un ansia de mar. La voz de los árboles o de la tierra nombraría un tipo de vibración del mundo en la que se abre la posibilidad de un sueño generador; las ondulaciones del trigo, el «rumor de pinos» traen, en versos de tierra adentro, un «oleaje oscuro» en el que ya bulle otro tiempo. Es también el modo de Bandarra, actor por excelencia del sueño profético, que desde la aparente modestia de sus cualidades —anónimo, disperso, confuso, plebeyo— fue capaz de

32 Fernando Cabral Martins, op. cit., p. 243.

aportar una sensibilidad y un pensamiento mesiánicos, para que prendieran en el alma del pueblo, aun antes de que Don Sebastián desapareciera. Y es igualmente el lugar de este libro, de *Mensaje*, tal como expone en su lectura Finazzi-Agrò; según él, Pessoa disfraza de mito el propio discurso, la palabra, dándole en ella nombre y existencia, «contra la intangibilidad ideal del Todo y la tangibilidad física de la Nada. Un nombre y una existencia que solamente la escritura —ese 'pórtico roto a lo Imposible', esa conjunción enigmática de cosas improbables— llega de modo provisional a realizar. El *Mensaje* de Pessoa habla, en fin, del propio mensaje, es decir que remite únicamente a sí mismo y a la dimensión virtual (mezcla de imposibilidad y de historia) que instituye»³³; «dimensión virtual», «conjunción enigmática de cosas improbables», que tejen la escritura y el sueño, la utopía de ambas, su no lugar.

El sueño es, así, vida en la irrealidad, lo que está y no está. En el poema «Oración», donde habla el *nosotros* de Portugal, y se trata de mantener viva la esperanza en el largo tiempo de la espera, se recurre a la metáfora de la brasa, de la llama que está oculta y siempre el viento puede reavivar; se concluirá, sin embargo: «Pero la llama, que la vida crea, / si es que hay vida aún, no se termina»: la duda absoluta crece en el centro de afirmación tan rotunda, tan llena de fe. Porque el sueño es vida extrema y, a la vez, oscura inconsistencia, virtualidad que no puede atraparse, ni ella procurarse materia. Hay dos expresivos poemas, recorridos por el soplo del relato fantástico, por el parpadeo luminoso y sombrío de los viejos cuentos infantiles, que dan cuenta de este carácter del sueño: se oye en el primero una voz que habla, que dice algo, y que calla de inmediato si alguien acierta a escucharla; nunca podría ofrecer un diálogo, se limita a portar su anuncio incomprensible,

33 Ettore Finazzi-Agrò, «L'impossible et l'histoire. Une lecture du *Message* de Fernando Pessoa», en *Colloque de Cerisy, Pessoa —Unité, Diversité, Obliquité—*, édition de Pascal Dethurens et Maria-Alzira Seixo, Paris, Christian Bourgois Éd., 2000, p. 523 (la traducción es mía).

oculto entre los márgenes del sueño: «Mas, si vamos despertando, / la voz calla y solo hay mar». En el otro poema, se oye cómo rompe el mar en una playa, pero la isla a la que tendría esta que pertenecer no puede verse: «¿Qué nao, qué armada, qué flota / puede el camino encontrar / de playa en que el mar embiste, / si a la vista solo hay mar?» Mundo paralelo, con algo del hechizo, de los encantamientos de los viejos relatos artúricos, el sueño ofrece una salvación que de él, sin embargo, no puede extraerse.

En la «Elegía en la sombra», intermedia —como dije— entre la publicación de *Mensaje* y la muerte de Pessoa, se leía: «Nos pesan el pasado y el futuro. / Duerme en nosotros el presente. Y soñando / el alma encuentra siempre el mismo muro». Límite del sueño, límite de la realidad. Pero, cuando acaba la tercera parte y el poeta va a despedir el libro con otra fórmula latina, elige decir: «Valete, fratres», atreviéndose a usar, aunque sea en otra lengua, *fratres*, una palabra de hermandad, que parece impregnarle de una nostalgia de lo colectivo, el *nosotros* que tal vez en el sueño pudo compartir.

El sebastianismo sería, por tanto, un proyecto político cuyo espacio es el sueño. O el deseo, la energía abierta que constituye lo utópico. La visión mesiánica de Pessoa convierte el regreso de Don Sebastián y el logro de un «Quinto Imperio» en una empresa espiritual de orden diferente de la aventura marítima o de una conquista de signo nacionalista; por eso, la serie de los poetas profetas termina prevaleciendo sobre la de los héroes guerreros. Tiene su raíz la mitología del «Quinto Imperio» en el bíblico sueño de Nabucodonosor (*Libro de Daniel*); se hace portuguesa en la obra, con raíces en las dos orillas del Atlántico, de António Vieira, y culmina en *Mensaje*: el *imperio* es un libro, una lectura, un sueño capaz de transformar el mundo. En una hoja en la que Pessoa había garabateado distintas posibilidades de entender la cifra esotérica que sería este título, entre otras hipótesis citaba unas palabras de la *Eneida*, «mens agitat molem»³⁴, de las que

34 Virgilio, *Eneida*, libro VI, verso 727.

una simple sincopación obtendría el resultado: *mens ag...em, Mensagem*, la mente mueve montañas³⁵.

Teñido de antipragmatismo, de un idealismo que se hace antipolítico a fuerza de ideal —«después de la conquista de los mares debe venir la conquista de las almas. El resto (la felicidad nacional, la buena administración, la libertad, la lealtad, la honra) no es sino la basura que obstaculiza el camino de nuestros gestos»³⁶—, el sebastianismo de Pessoa enlaza con una larguísima y variada tradición. El inventario se haría prolijo. Así, en la Edad Media se dio la difundida creencia de que volvería el rey Arturo para ceñir la corona de Inglaterra, y ya antes las profecías francas anunciaban la llegada de un segundo Carlomagno, que marcaría el fin de los tiempos. Cuando murió en las cruzadas Balduino de Flandes, un ermitaño se hizo pasar por él y se creó el mito del *Emperador Dormido*. A punto de ser derrotada la rebelión valenciana de las Germanías, surgió una figura carismática, *Lo Encubert*, que durante unos meses pareció capaz de darle la vuelta a la situación de la guerra, aunando las ideas milenaristas medievales y el mesianismo de los conversos, hasta que fue ejecutado en 1522. Bandarra aparece entonces y hasta recoge el nombre que tomó el rebelde Antonio Navarro; sus coplas se difundieron de manera vertiginosa y reaparecieron en diversas ocasiones a lo largo de los siglos. En el XVII, el jesuita Vieira —alternativamente perseguido por la Inquisición y ascendido por las jerarquías romanas, obispo en Brasil, prodigioso políglota y pionero de la lingüística indigenista, utopista visionario— dedicó buena parte de su obra a elaborar un nuevo sebastianismo y la promesa de un quinto imperio; con él querrá descubrir «las nuevas regiones y los nuevos habitantes del segundo hemisferio del tiempo, que están en las antípodas del pasado»³⁷.

35 Posibles significados de *moles*, *-is*, en castellano: mole, masa, multitud, dique, máquina de guerra...

36 Fernando Pessoa, *Política y profecía*, ed. cit., p. 129.

37 Robert Bréchon, op. cit., p. 414.

En la tercera parte de *Mensaje*, la sección intermedia se titula «Los avisos» y se dedica a conmemorar esta serie profética; son tres poemas, los dedicados a Bandarra, a Vieira y uno último, solo llamado «Tercero»: «Mi libro escribo a duras penas, / casi no alienta mi corazón» —sin nombrarse, Pessoa ocupa su lugar en la cadena, o mejor, lo ocupa *Mensaje*, utopía cristalizada que emite su resplandor hacia dentro. Lo más sorprendente, y no sé si el poeta llegó a imaginarlo, es que la tradición no concluye ahí, como si en verdad algo de la mirada portuguesa se constituyera en ella. Pienso en la investigación delirante, extraordinaria e insólita prosa, que Maria Gabriela Llansol tituló *O Livro das Comunidades*, en 1974, y por cuyas páginas circula el rebelde utopista Thomas Müntzer, llevando bajo el brazo su cabeza decapitada y acompañado en sus viajes por los grandes místicos del xv y el xvi³⁸. Y también, por supuesto, en la película de Manoel de Oliveira que, en 1990, obtuvo una mención especial del jurado del Festival de Cannes, *No, o la vanagloria de mandar*: durante la guerra colonial en África, un capitán —que había sido antes historiador— se entretiene contando a sus subordinados episodios de la historia de Portugal, que parecen seguir una vez más el guion de Camões (los héroes de la independencia, los que combatieron a moros y castellanos, los descubridores), para luego recrear pasajes de *Os Lusíadas*, y alcanzar la evocación de Don Sebastián; herido en combate, el sencillo y melancólico profesor muere en un hospital soñando con el regreso del rey, viéndolo acercarse entre la niebla; el médico firma el parte de defunción el 25 de abril de 1974. En los créditos finales, entre los asistentes de producción, aparece un Fernando Pessoa; no es un nombre tan raro en Portugal, pero ahí aparece. Sin interpretar, quería solo dejar constancia del peculiar seguir que se va hilando entre la melancolía de las derrotas y el exilio de las victorias. Y que perfila esa utopía, que es del sueño y de su propia resistencia.

38 Hay una edición española, junto a otros dos libros de la autora, en: Maria Gabriela Llansol, *Geografía de rebeldes*, traducción de Atalaire, Madrid, Cinca, 2014.

Hay otro poema de *Mensaje*, que sin referirse al Encubierto, puede relacionarse con él. Es el dedicado a Magallanes. Mientras los titanes danzan —en la escena citada— para celebrar una muerte que permitiría a los dioses mantener su velo sobre el mundo, los supervivientes de la flota continúan adelante, y es que «el muerto aún manda en la gran armada», «pulso sin cuerpo aún el timón gobierna». La mente mueve las cosas, en efecto, y la muerte no interrumpe los proyectos de conocimiento y de liberación.

En esa línea de autonomía espiritual, de variable vínculo con la figura física de los personajes, con los hechos de los héroes, puede decir Pessoa que, tras la muerte de Don Sebastián, «guarda Dios cuerpo y forma del futuro, / mas su luz lo proyecta, sueño oscuro / y breve». Recluidos en la limitación del sueño, se anota la idea de que el cuerpo del rey muerto debe preservarse porque es la «forma del futuro», preservarse, claro, en la desaparición —una tumba no sería lo mismo—. Las combinaciones de lo físico y lo espiritual, diversas, confusas en ocasiones, mantienen siempre un mismo grado de realidad en el habla. Igual que las contradicciones que integran el sueño —proyecta/ breve, oscuro/luz— no lo anulan: «en un mar ya sin tiempo ni espacio, / veo borrosa tu faz, que al fin, despacio, / torna».

El propio Don Sebastián tendría ya su alma entre sueños cuando cayó en la batalla, habría abierto desde antes el paréntesis, ese tiempo paralizado en que Dios se encarga de guardar su forma para que, en el momento preciso, pueda albergar otro acontecimiento: «Con Lo que me soñé, que eterno dura, / regresaré». Y el anuncio de esa *hora* es, una y otra vez, el amparo bajo el que se suspende el principio de realidad.

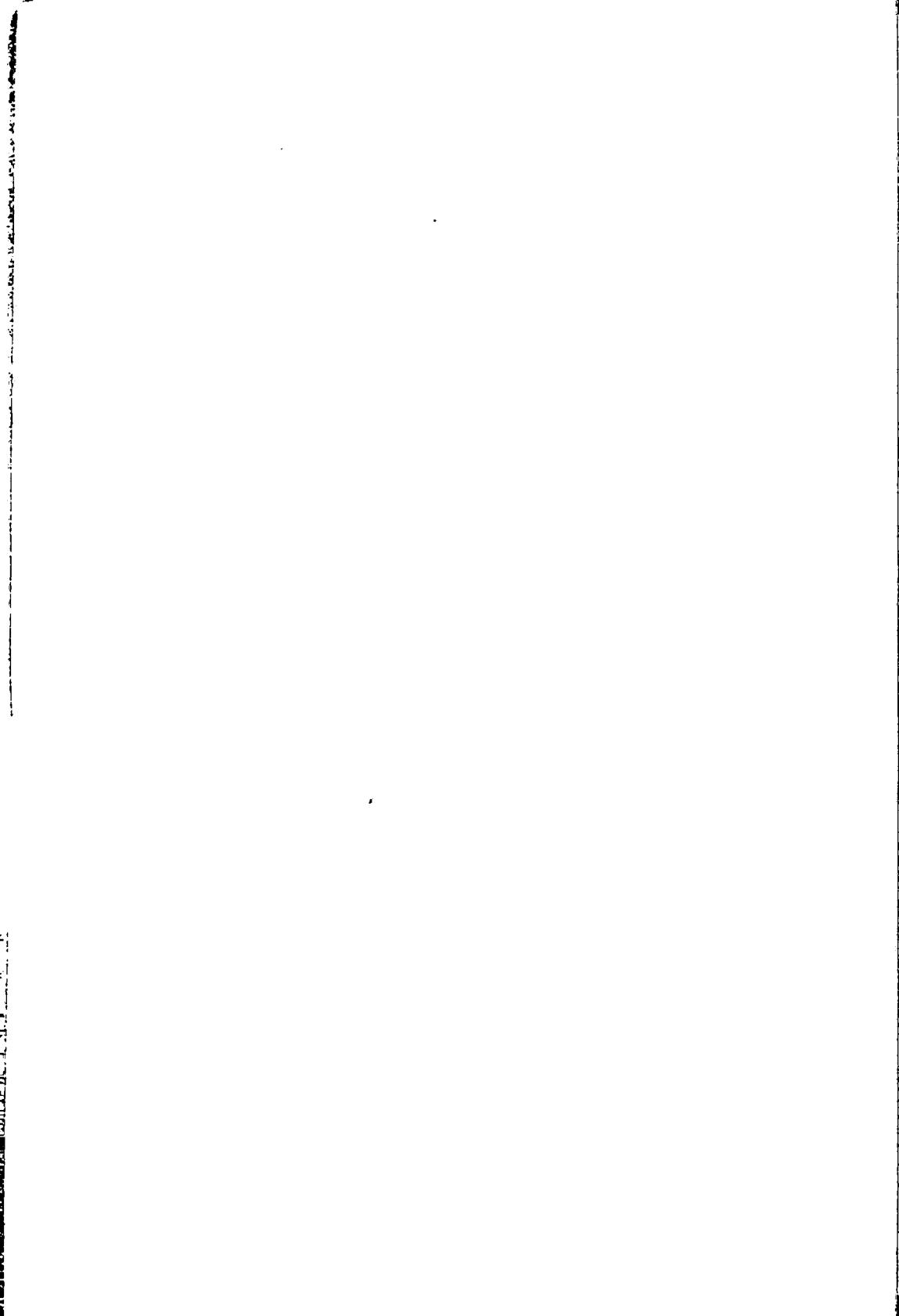
La voz de Don Fernando, el desdichado infante, cautivo desde su adolescencia, asegura que Dios le «consagró en la honra y la desgracia», y esa elección del destino no opera en el seno de una mitología heroica, sino en una inclemente aridez: «en el tiempo en que un frío viento pasa / por la fría tierra». Es esta la realidad, y su suspensión por el poder del deseo y el

sueño, revela un movimiento que convierte las fuerzas negativas en energía de resistencia y disidencia. Lo que para el infante supone esa consagración, aun en las peores condiciones, es una especie de posesión por el deseo: «me hace arder la fiebre, / de gloria el ansia, pues su Nombre sienten / en mí vibrar». No tanto a ganar el cielo como a un quieto combate contra el enemigo, contra la realidad, *guerra sin guerra*, se dirige esta pasión extrema, incorporada al sentimiento mismo de vivir, sustituta casi —en este caso límite— de la propia vida. Algo parecido se dice de aquel tercer hermano, a quien el rey no autoriza para buscar a los otros dos, desaparecidos, y que vive por eso en la amargura: «con los ojos fijos de ansia / mirando a la prohibida azul distancia»; no son el amor ni el sacrificio ni el objetivo de la salvación su fuerza, sino un deseo absoluto, una insoportable disconformidad.

Y cada vez que actúa el veto de la realidad —«pero Dios no permite que partamos»—, surge con más fuerza su impugnación. Es lo que *Mensaje* llama *locura*. No es un rasgo excéntrico; estar de este modo loco es precisamente la cualidad que humaniza: «Sin locura, ¿qué es el hombre / sino la sana bestia, / aplazado cadáver que procrea?» Es la ruptura con la razón lo que humaniza, al contrario de lo establecido; es la mirada existencial cuando busca sentido con firmeza que linda con el absurdo. Pessoa habría firmado en cualquiera de sus metamorfosis la definición del ser humano como «aplazado cadáver que procrea», terrible fórmula a la altura de su desesperación; pero aquí, en el poema titulado «Don Sebastián», reconoce a la locura el poder de invalidarla. Y es significativo que hubiera hecho ya esto mismo al menos otra vez, y con análogas palabras, en un comentario de actualidad política, que firmó y se preocupó por difundir ampliamente, escrito en mayo de 1923: «es la locura la que dirige el mundo. Locos son los héroes, locos son los santos, locos los genios, sin los cuales la humanidad es una mera especie animal, cadáveres demorados que procrean»³⁹. El

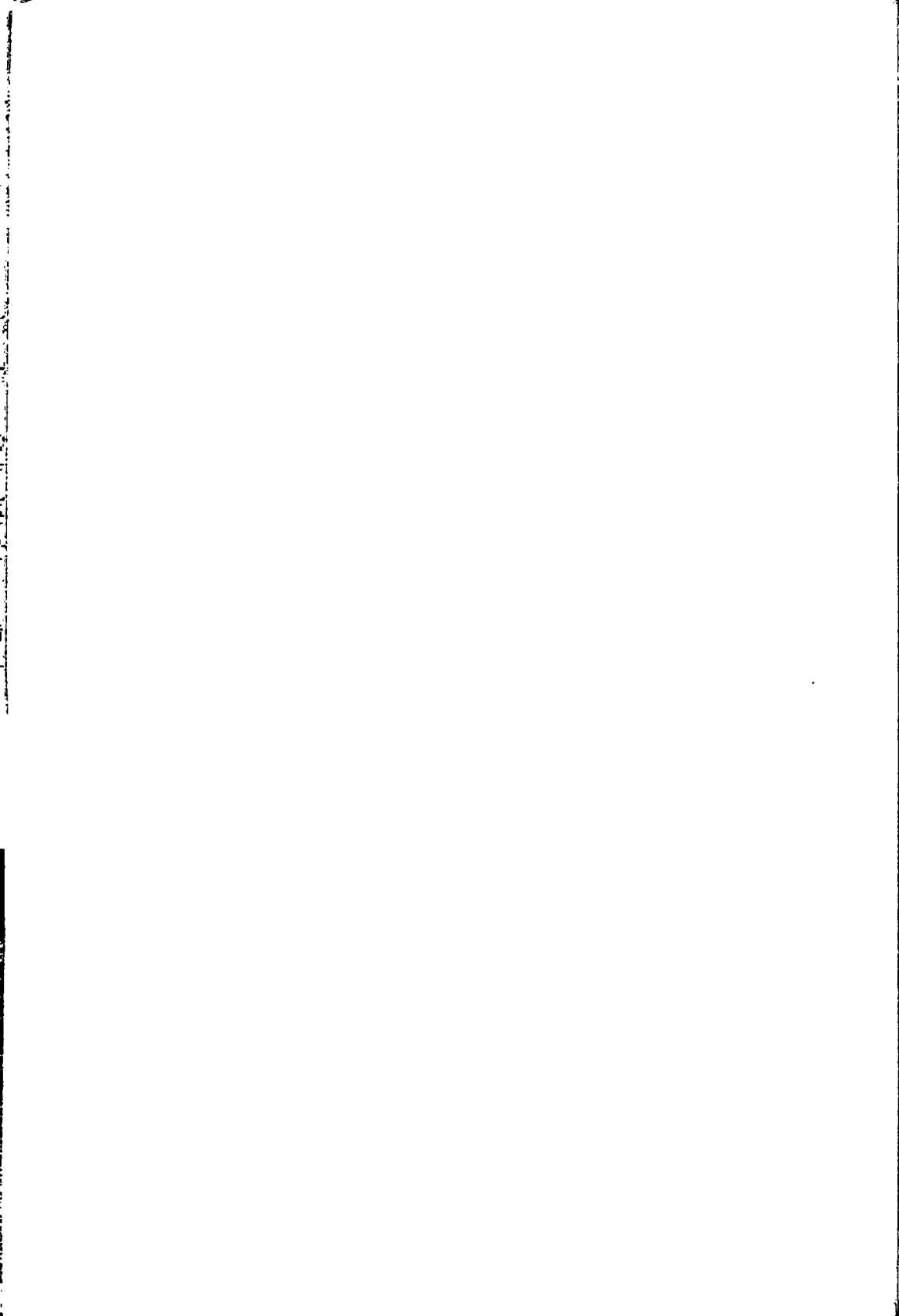
39 Fernando Pessoa, «Sobre un manifiesto de los estudiantes», en *Política y profecía*, ed. cit., p. 356.

sueño conduce aquí. El cristal de *Mensaje*, tan perfecto, pura estructura, se abre en grietas o luces —viene a ser lo mismo— que permiten pensar lo utópico de este modo, como una condición de la persistencia humana. Con el impulso que es la energía del navegante: «ese puerto siempre por hallar».



Nota

La presente edición sigue la original de *Mensagem*, preparada y revisada por Fernando Pessoa, Lisboa, Parceria António Maria Pereira, 1934.



FERNANDO
PESSOA
poesía VIII

MENSAJE



*BENEDICTUS DOMINUS DEUS
NOSTER QUI DEDIT NOBIS
SIGNUM*

PRIMERA PARTE

BRASÃO

PRIMERA PARTE

BLASÓN

BELLUM SINE BELLO

BELLUM SINE BELLO

I

OS CAMPOS

I

LOS CAMPOS

PRIMEIRO

O DOS CASTELOS

A Europa jaz, posta nos cotovelos:
de Oriente a Ocidente jaz, fitando,
e toldam-lhe românticos cabelos
olhos gregos, lembrando.

5 O cotovelo esquerdo é recuado;
o direito é em ângulo disposto.
Aquele diz Itália onde é pousado;
este diz Inglaterra onde, afastado,
a mão sustenta, em que se apoia o rosto.

10 Fita, com olhar esfíngico e fatal,
o Ocidente, futuro do passado.

O rosto com que fita é Portugal.

PRIMERO

DE LOS CASTILLOS

Yace Europa, apoyada en ambos codos:
desde Oriente a Occidente, contemplando,
entoldada en románticos cabellos,
con helénicos ojos, recordando.

5 El codo izquierdo está más retirado,
el derecho está en ángulo dispuesto.
A uno Italia su sitio le ha marcado,
a otro Inglaterra, ya más alejado,
firme la mano en que está el rostro puesto.

10 Con su mirar esfíngico y fatal
ve a Occidente, futuro del pasado.

Y ese rostro que mira es Portugal.

SEGUNDO

O DAS QUINAS

Os Deuses vendem quando dão.
Compra-se a glória com desgraça.
Ai dos felizes, porque são
só o que passa!

5 Baste a quem baste o que lhe basta
 o bastante de lhe bastar!
 A vida é breve, a alma é vasta:
 ter é tardar.

10 Foi com desgraça e com vileza
 que Deus ao Cristo definiu:
 assim o opôs à Natureza
 e Filho o ungiu.

SEGUNDO

DE LAS QUINAS

Los dioses venden al dar.
Compra gloria la desgracia.
¡Ay, los felices no son
sino sólo lo que pasa!

5 ¡Baste a quien baste si basta
bastante para bastar!
Vida breve y alma vasta:
tener es sólo tardar.

10 Con desgracia y con vileza
Dios al Cristo definió:
lo opuso a Naturaleza
cuando como Hijo lo ungió.

II

OS CASTELOS

II

LOS CASTILLOS

PRIMEIRO

ULISSES

O mito é o nada que é tudo.
O mesmo sol que abre os céus
é um mito brilhante e mudo—,
o corpo morto de Deus,
5 vivo e desnudo.

Este, que aqui aportou,
foi por não ser existindo.
Sem existir nos bastou.
Por não ter vindo foi vindo
10 e nos criou.

Assim a lenda se escorre
a entrar na realidade,
e a fecundá-la decorre.
Em baixo, a vida, metade
15 de nada, morre.

PRIMERO

ULISES

El mito: nada que es todo.
Hasta el sol que abre los cielos
es mito brillante y mudo—,
el cuerpo muerto de Dios,
5 vivo y desnudo.

Éste, que hasta aquí llegó,
fue por no ser existiendo.
Sin existir nos bastó.
Por no venir fue viniendo
10 y nos creó.

La leyenda así deriva
entrando en la realidad
y, al fecundarla, la aviva.
Abajo, mitad de nada,
15 muere la vida.

SEGUNDO

VIRIATO

Se a alma que sente e faz conhece
só porque lembra o que esqueceu,
vivemos, raça, porque houvesse
memória em nós do instinto teu.

5 Nação porque reencarnaste,
povo porque ressuscitou
ou tu, ou o de que eras a haste —
assim se Portugal formou.

10 Teu ser é como aquela fria
luz que precede a madrugada,
e é já o ir a haver o dia
na antemanhã, confuso nada.

SEGUNDO

VIRIATO

Si el alma siente y conoce
porque recuerda su olvido,
vivimos, raza, creando
la memoria de tu instinto.

5 Nación, pues te reencarnaste,
pueblo, pues resucitó
de ti o de lo que eras mástil...
y Portugal se formó.

10 Tu ser es como la fría
luz de antes de madrugada,
que es ya un ir a abrirse el día
albeando confusa nada.

TERCEIRO

O CONDE D. HENRIQUE

Todo começo é involuntário.
Deus é o agente.
O herói a si assiste, vário
e inconsciente.

- 5 À espada em tuas mãos achada
teu olhar desce.
«Que farei eu com esta espada?».

Ergueste-a, e fez-se.

TERCERO

EL CONDE DON ENRIQUE

Todo comienzo es involuntario.
Dios, el agente.
El héroe a sí se asiste, siendo vario
e inconsciente.

5 Hacia la espada hallada entre tus manos
tu vista ha ido.
«¿Qué podría hacer yo con esta espada?».

La erguiste, y se hizo.

QUARTO

D. TAREJA

As nações todas são mistérios.
Cada uma é todo o mundo a sós.
Ó mãe de reis e avó de impérios,
vela por nós!

5 Teu seio augusto amamentou
com bruta e natural certeza
o que, imprevisto, Deus fadou.
Por ele reza!

10 Dê tua prece outro destino
a quem fadou o instinto teu!
O homem que foi o teu menino
envelheceu.

15 Mas todo vivo é eterno infante
onde estás e não há o dia.
No antigo seio, vigilante,
de novo o cria!

CUARTO

DOÑA TERESA

Todas las naciones son misterios.
Un mundo entero es cada nación.
¡Madre de reyes, abuela de imperios,
protégenos!

5 Tu agosto seno amamantó
con repentina y natural certeza
al que, imprevisto, Dios predestinó.
¡Ay, por él reza!

10 ¡Dale a tu oración otro destino
para aquel que tu instinto así embrujó!
Pues el hombre aquel que fue tu niño
envejeció.

15 Todo ser vivo es un eterno infante
y en donde estás el día aún no llegó.
¡En el antiguo seno, vigilante,
recríalo!

QUINTO

D. AFONSO HENRIQUES

Pai, foste cavaleiro.
Hoje a vigília é nossa.
Dá-nos o exemplo inteiro
e a tua inteira força!

5 Dá, contra a hora em que, errada,
novos infiéis vençam,
a bênção como espada,
a espada como bênção!

QUINTO

DON ALFONSO ENRÍQUEZ

Padre, fuiste caballero.
Hoy que la vigilia es nuestra,
¡danos el ejemplo entero,
toda tu fuerza!

5 ¡Contra la hora en que de nuevo
venza el infiel, sin razón,
da bendición como espada,
espada cual bendición!

SEXO

D. DINIS

Na noite escreve um seu Cantar de Amigo
o plantador de naus a haver,
e ouve um silêncio múrmuro consigo:
é o rumor dos pinhais que, como um trigo
5 de Império, ondulam sem se poder ver.

Arroio, esse cantar, jovem e puro,
busca o oceano por achar;
e a fala dos pinhais, marulho obscuro,
é o som presente desse mar futuro,
10 é a voz da terra ansiando pelo mar.

SEXTO

DON DENÍS

De noche escribe su Cantar de Amigo
el plantador de naos por haber,
y oye un silencio susurrar consigo:
rumor de pinos, los que como trigo
5 de Imperio ondulan, sin poderse ver.

Es arroyo el cantar, joven y puro,
a la busca de océano que hallar;
de pinos habla, cual oleaje oscuro,
el son presente de ese mar futuro,
10 que es la voz de la tierra ansiando el mar.

SÉTIMO (I)

D. JOÃO O PRIMEIRO

O homem e a hora são um só
quando Deus faz e a história é feita.
O mais é carne, cujo pó
a terra espreita.

5 Mestre, sem o saber, do Templo
que Portugal foi feito ser,
que houveste a glória e deste o exemplo
de o defender.

10 Teu nome, eleito em sua fama,
é, na ara da nossa alma interna,
a que repele, eterna chama,
a sombra eterna.

SÉPTIMO (I)

DON JUAN PRIMERO

El hombre y la hora ya son uno solo
cuando Dios hace y la Historia es hecha.
El resto es carne, una cuyo polvo
la tierra acecha.

5 Gran Maestro del Templo, sin saberlo,
que a Portugal le fuera dado ser,
que tuviste la gloria y diste ejemplo
de defender.

10 Ese tu nombre, electo por su fama,
ahí, en el ara de nuestra alma interna,
es quien repele, con su eterna llama,
la sombra eterna.

SÉTIMO (II)

D. FILIPA DE LENCASTRE

Que enigma havia em teu seio
que só génios concebia?
Que arcanjo teus sonhos veio
velar, maternos, um dia?

- 5 Volve a nós teu rosto sério,
princesa do Santo Gral,
humano ventre do Império,
madrinha de Portugal!

SÉPTIMO (II)

DOÑA FELIPA DE LANCASTER

¿Qué enigma había en tu seno
—sólo genios concebía—?
Y ¿qué arcángel tus sueños
maternos velara un día?

5 ¡Vuelve a nos tu rostro serio,
princesa del Santo Grial,
vientre humano del Imperio,
madrina de Portugal!

III

AS QUINAS

III

LAS QUINAS

PRIMEIRA

D. DUARTE, REI DE PORTUGAL

Meu dever fez-me, como Deus ao mundo.
A regra de ser Rei almou meu ser,
em dia e letra escrupuloso e fundo.

Firme em minha tristeza, tal vivi.
5 Cumpri contra o Destino o meu dever.
Inutilmente? Não, porque o cumpri.

PRIMERA

DON DUARTE, REY DE PORTUGAL

Mi deber me hizo, como Dios al mundo.
Lo que impone ser Rey almó mi ser
en día y letra puntual, profundo.

En mi tristeza firme, así viví.
5 Contra el Destino cumplí mi deber.
 ¿Inútilmente? No, pues lo cumplí.

SEGUNDA

D. FERNANDO, INFANTE DE PORTUGAL

Deu-me Deus o seu gládio, por que eu faça
a sua santa guerra.

Sagrou-me seu em honra e em desgraça,
às horas em que um frio vento passa
5 por sobre a fria terra.

Pôs-me as mãos sobre os ombros e doirou-me
a fronte com um olhar;
e esta febre de Além, que me consome,
e este querer grandeza são seu nome
10 dentro em mim a vibrar.

E eu vou, e a luz do gládio erguido dá
em minha face calma.

Cheio de Deus, não temo o que virá,
pois, venha o que vier, nunca será
15 maior do que a minha alma.

SEGUNDA

DON FERNANDO, INFANTE DE PORTUGAL

Dios su espada me dio, para que haga
su santa guerra.
Me consagró en la honra y la desgracia,
en el tiempo en que un frío viento pasa
5 por la fría tierra.

Tocó mis hombros y doró mi frente
con su mirar.
Que del Allende me hace arder la fiebre,
de gloria el ansia, pues su Nombre sienten
10 en mí vibrar.

Voy, y el reflejo de la espada, puro,
da al rostro calma.
De Dios lleno, no temo lo futuro;
pues lo que venga no será, seguro,
15 mayor que mi alma.

TERCEIRA

D. PEDRO, REGENTE DE PORTUGAL

Claro em pensar, e claro no sentir,
e claro no querer;
indiferente ao que há em conseguir
que seja só obter;
5 dúplice dono, sem me dividir,
de dever e de ser—.

Não me podia a Sorte dar guarida
por não ser eu dos seus.
Assim vivi, assim morri, a vida,
10 calmo sob mudos céus,
fiel à palavra dada e à ideia tida.
Tudo mais é com Deus!

TERCERA

DON PEDRO, REGENTE DE PORTUGAL

Claro en el pensar y en el sentir,
claro en querer;
indiferente si es el conseguir
mero obtener;
5 dúplice dueño, por no dividir
deber y ser.

No me pudo la Suerte dar amparo,
suyo no siendo.
Viví y morí calmadamente, bajo
10 los mudos cielos.
Fiel a la palabra y a la idea.
¡A Dios el resto!

QUARTA

D. JOÃO, INFANTE DE PORTUGAL

Não fui alguém. Minha alma estava estreita
entre tão grandes almas minhas pares,
inutilmente eleita,
virgemmente parada;

- 5 porque é do português, pai de amplos mares,
querer, poder só isto:
o inteiro mar, ou a orla vã desfeita—
o todo, ou o seu nada.

CUARTA

DON JUAN, INFANTE DE PORTUGAL

Yo no fui nadie, estando mi alma presa
entre las grandes almas de mis pares.

Sin fin electa,
virginal, parada;

- 5 que el portugués, el padre de amplios mares,
quiere y puede sólo esto:
o el mar entero o la orilla vana.
O el todo o su nada.

QUINTA

D. SEBASTIÃO, REI DE PORTUGAL

Louco, sim, louco, porque quis grandeza
qual a Sorte a não dá.
Não coube em mim minha certeza;
por isso onde o areal está
5 ficou meu ser que houve, não o que há.

Minha loucura, outros que me a tomem
com o que nela ia.
Sem a loucura que é o homem
mais que a besta sadia,
10 cadáver adiado que procria?

QUINTA

DON SEBASTIÁN, REY DE PORTUGAL

Loco, sí, loco, quise la grandeza
que Azar no da.
Dentro de mí no cupo mi certeza.
Por eso, allí, entre la arena ya,
5 mi ser que hubo quedó, no el que aquí está.

Que mi locura otros me la tomen
con lo que en ella
iba, mas sin locura, ¿qué es el hombre,
sino la sana bestia,
10 aplazado cadáver que procrea?

IV

A COROA

IV

LA CORONA

NUNO ÁLVARES PEREIRA

Que auréola te cerca?
É a espada que, volteando,
faz que o ar alto perca
seu azul negro e brando.

5 Mas que espada é que, erguida,
faz esse halo no céu?
É Excalibur, a ungida,
que o Rei Artur te deu.

Esperança consumada,
10 S. Portugal em ser,
ergue a luz da tua espada
para a estrada se ver!

NUÑO ÁLVAREZ PEREIRA

¿Qué aureola te cerca?
Esa espada, girando,
hace que el aire pierda
su azul oscuro y blando.

5 ¿Cuál la espada que, erguida,
en el cielo abre un halo?
Excalibur, la ungida,
que Arturo, el rey, te ha dado.

10 ¡Consumada esperanza,
san Portugal en ser,
que la luz de tu espada
haga el camino ver!

V

O TIMBRE

V

EL TIMBRE

A CABEÇA DO GRIFO

O INFANTE D. HENRIQUE

Em seu trono entre o brilho das esferas,
com seu manto de noite e solidão,
tem aos pés o mar novo e as mortas eras—
o único imperador que tem, deveras,
5 o globo mundo em sua mão.

TESTA DEL GRIFO

EL INFANTE DON ENRIQUE

Puesto en su trono entre un brillar de esferas,
con su manto de noche y soledad,
el mar nuevo a los pies, muertas las eras...
5 Único emperador, porque, de veras,
del mundo el globo en su mano está.

UMA ASA DO GRIFO

D. JOÃO O SEGUNDO

Braços cruzados, fita além do mar.
Parece em promontório uma alta serra—
O limite da terra a dominar
o mar que possa haver além da terra.

- 5 Seu formidável vulto solitário
enche de estar presente o mar e o céu,
e parece temer o mundo vário
que ele abra os braços e lhe rasgue o véu.

UN ALA DEL GRIFO

DON JUAN SEGUNDO

Brazos cruzados, tras el mar mirando,
cual promontorio desde la alta sierra.
El confín de la tierra dominando
otro mar que aún haya tras la tierra.

5 Su formidable bulto solitario
colma con su presencia mar y cielo,
pareciendo temer el mundo vario
que abra los brazos y le rasgue el velo.

A OUTRA ASA DO GRIFO

AFONSO DE ALBUQUERQUE

De pé, sobre os países conquistados
desce os olhos cansados
de ver o mundo e a injustiça e a sorte.
Não pensa em vida ou morte,
5 tão poderoso que não quer o quanto
pode, que o querer tanto
calcara mais do que o submisso mundo
sob o seu passo fundo.
Três impérios do chão lhe a Sorte apanha.
10 Criou-os como quem desdenha.

LA OTRA ALA DEL GRIFO

ALFONSO DE ALBURQUERQUE

De pie, sobre los pueblos conquistados
cae en su mirar, cansado
de ver el mundo y su injusticia y suerte.
No piensa en la vida ni en la muerte,
5 tan poderoso que no quiere cuanto
puede que, al querer tanto,
más abarcara que todo ese mundo
ya sometido a su pisar rotundo.
Tres imperios la Suerte le otorgó,
10 aunque cual quien desdeña los creó.

SEGUNDA PARTE

MAR PORTUGUÊS

SEGUNDA PARTE

MAR PORTUGUÉS

POSSESSIO MARIS

POSSESSIO MARIS

I

O INFANTE

Deus quer, o homem sonha, a obra nasce.
Deus quis que a terra fosse toda uma,
que o mar unisse, já não separasse.
Sagrou-te, e foste desvendando a espuma,

5 e a orla branca foi de ilha em continente,
clareou, correndo, até ao fim do mundo,
e viu-se a terra inteira, de repente,
surgir, redonda, do azul profundo.

Quem te sagrou criou-te português.
10 Do mar e nós em ti nos deu sinal.
Cumpriu-se o Mar, e o Império se desfez.
Senhor, falta cumprir-se Portugal!

I

EL INFANTE

Dios quiere, el hombre sueña, la obra nace.
Quiso Dios que la tierra fuese una,
que el mar uniese y ya no separase.
Te ungió, y tú fuiste levantando espuma.

5 La orla blanca fue de isla en continente,
clareó, corriendo, hasta el fin del mundo,
y se vio el globo, repentinamente,
surgir, redondo, del azul profundo.

10 Portugués te hizo quien te ungió y, con ello,
de nosotros y el mar nos dio señal.
Cumplióse el Mar, deshízose el Imperio.
¡Falta, Señor, cumplirse Portugal!

II

HORIZONTE

Ó mar anterior a nós, teus medos
tinham coral e praias e arvoredos.
Desvendadas a noite e a cerração,
as tormentas passadas e o mistério,
5 abria em flor o Longe, e o Sul sidério
esplendia sobre as naus da iniciação.

Linha severa da longínqua costa—
quando a nau se aproxima ergue-se a encosta
em árvores onde o Longe nada tinha;
10 mais perto, abre-se a terra em sons e cores:
e, no desembarcar, há aves, flores,
onde era só, de longe a abstracta linha.

O sonho é ver as formas invisíveis
da distância imprecisa, e, com sensíveis
15 movimentos da esperança e da vontade,
buscar na linha fria do horizonte
a árvore, a praia, a flor, a ave, a fonte—
os beijos merecidos da Verdade.

II

HORIZONTE

Mar de antes de nosotros, en tus miedos
había coral y playas y arboledos.
Desatadas ya noche y cerrazón,
superados tormentas y misterios,
5 se abría en flor lo Lejano, el Sur sidéreo,
sobre las naos de la iniciación.

Línea severa de remota orilla
que se va alzando si la nao arriba,
bosques donde, de lejos, no había nada.
10 Casi en tierra ya hay sonos y colores,
y, al desembarcar, hay aves, flores,
donde antes, sólo, una línea abstracta.

Es el sueño ver formas invisibles
de imprecisa distancia y, con sensibles
15 cambios entre esperanza y voluntad,
en el frío rayar del horizonte
ver árbol, playa, ave, fuente y monte
junto al beso que otorga la Verdad.

III

PADRÃO

O esforço é grande e o homem é pequeno.
Eu, Diogo Cão, navegador, deixei
este padrão ao pé do areal moreno
e para diante naveguei.

5 A alma é divina e a obra é imperfeita.
Este padrão sinala ao vento e aos céus
que, da obra ousada, é minha a parte feita:
o por fazer é só com Deus.

E ao imenso e possível oceano
10 ensinam estas Quinas, que aqui vês,
que o mar com fim será grego ou romano:
o mar sem fim é português.

E a Cruz ao alto diz que o que me há na alma
e faz a febre em mim de navegar
15 só encontrará de Deus na eterna calma
o porto sempre por achar.

III

PILAR

Grande el esfuerzo y el hombre pequeño.
Yo, el navegante Diego Cao, dejé,
al pie, el pilar, del arenal moreno,
y adelante de nuevo navegué.

5 Divina el alma, la obra inacabada.
A viento y cielo muestra este pilar
que hice mi parte de la obra osada:
lo por hacer de Dios es sólo ya.

10 Al mar posible con su inmenso vano
esas Quinas señalan que aquí ves.
El mar con fin será griego o romano,
el mar sin fin, en cambio, es portugués.

15 Dice en lo alto la Cruz lo que en mi alma
causa la fiebre en mí de navegar.
Sólo hallará de Dios la eterna calma
en ese puerto siempre por hallar.

IV

O MOSTRENGO

- O mostrengo que está no fim do mar
na noite de breu ergueu-se a voar;
à roda da nau voou três vezes,
voou três vezes a chiar,
5 e disse, «Quem é que ousou entrar
nas minhas cavernas que não desvendo,
meus tetos negros do fim do mundo?». E o homem do leme disse, tremendo,
«El-Rei D. João Segundo!».
- 10 «De quem são as velas onde me roço?
De quem as quilhas que vejo e ouço?». Disse o mostrengo, e rodou três vezes,
três vezes rodou imundo e grosso.
«Quem vem poder o que só eu posso,
15 que moro onde nunca ninguém me visse
e escorro os medos do mar sem fundo?». E o homem do leme tremeu, e disse,
«El-Rei D. João Segundo!».
- 20 Três vezes do leme as mãos ergueu,
três vezes ao leme as reprendeu,
e disse no fim de tremer três vezes:
«Aqui ao leme sou mais do que eu:

IV

EL MONSTRUO

Aquel monstruo que habita al fin del mar
en negra noche se elevó volando;
sobre la nao tres veces dio en volar,
las tres chillando.

5 Preguntó luego: «¿Quién ha osado entrar,
estas cerradas cuevas traspasando,
al negro seno de este fin del mundo?».
A lo que el timonel dijo, temblando:
«¡Don Juan Segundo!».

10 «¿De quién las velas en que estoy rozando?
¿De quién las quillas que ahora veo y oigo?»,
exclamó el monstruo, y rodó tres veces,
sí, tres veces rodó, inmundo y romo.
«¿Quién va a poder lo que yo sólo puedo,
15 si vivo donde nadie me vio vivo,
corriendo el miedo de este mar profundo?».
A lo que el timonel, temblando, dijo:
«¡Don Juan Segundo!».

20 Tres veces del timón alzó las manos,
otras tres veces retomó el timón
y, tras temblar tres veces, por fin dijo:
«Al timón puesto, yo soy más que yo.

sou um Povo que quer o mar que é teu;
e mais que o mostrengo, que me a alma teme
25 e roda nas trevas do fim do mundo,
manda a vontade, que me ata ao leme,
de El-Rei D. João Segundo! ».

25 Soy un Pueblo que quiere el mar que es tuyo.
Más que ese monstruo que me aflige el alma
en las tinieblas de este fin del mundo,
una voluntad al timón me ata:
¡Don Juan Segundo!».

V

EPITÁFIO DE BARTOLOMEU DIAS

Jaz aqui, na pequena praia extrema,
o Capitão do Fim. Dobrado o Assombro,
o mar é o mesmo: Já ninguém o tema!
Atlas, mostra alto o mundo no seu ombro.

V

EPITAFIO DE BARTOLOMÉ DÍAZ

Yace aquí, en la pequeña playa extrema,
el Capitán del Fin. Dobló el Asombro.
Mar sólo es mar, ¡que ya nadie lo tema!
Nuevo Atlas, el mundo alza en su hombro.

VI

OS COLOMBOS

Outros haverão de ter
o que houvermos de perder.
Outros poderão achar
o que, no nosso encontrar,
5 foi achado, ou não achado,
segundo o destino dado.

Mas o que a eles não toca
é a Magia que evoca
o Longe e faz dele história.
10 E por isso a sua glória
é justa auréola dada
por uma luz emprestada.

VI

LOS COLONES

Otros habrán de tener
lo que habremos de perder.
Y otros aun podrán hallar
lo que, con nuestro encontrar,
5 ha sido hallado o no hallado
según el destino dado.

Mas lo que a ellos no les toca
es esa Magia que evoca
lo Lejano, haciendo Historia.
10 De manera que su gloria
es justa aureola dada,
mas por una luz prestada.

VII

O OCIDENTE

Com duas mãos —o Acto e o Destino—
desvendámos. No mesmo gesto, ao céu
uma ergue o facho trémulo e divino
e a outra afasta o véu.

5 Fosse a hora que haver ou a que havia
a mão que ao Ocidente o véu rasgou,
foi alma a Ciência e corpo a Ousadia
da mão que desvendou.

10 Fosse Acaso, ou Vontade, ou Temporal
a mão que ergueu o facho que luziu,
foi Deus a alma e o corpo Portugal
da mão que o conduziu.

VII

OCCIDENTE

Con dos manos –el Acto y el Destino–
desvelamos. De un solo gesto, al cielo
yergue una el fuego, trémulo y divino,
mientras que la otra mano aparta el velo.

5 Fuere la hora que fuere o la que había
la que a Occidente aquel velo rasgó,
alma la Ciencia, cuerpo la Osadía
son de la mano que lo desveló.

10 Fuese el Azar, la Voluntad, o el Viento
quien encendiera aquella tea ardiente,
fue Dios el alma y Portugal el cuerpo
cuya mano guiaría al Occidente.

VIII

FERNÃO DE MAGALHÃES

No vale clareia uma fogueira.
Uma dança sacode a terra inteira.
E sombras disformes e descompostas
em clarões negros do vale vão
5 subitamente pelas encostas,
indo perder-se na escuridão.

De quem é a dança que a noite aterra?
São os Titãs, os filhos da Terra,
que dançam da morte do marinheiro
10 que quis cingir o materno vulto –
cingi-lo, dos homens, o primeiro –,
na praia ao longe por fim sepulto.

Dançam, nem sabem que a alma ousada
do morto ainda comanda a armada,
15 pulso sem corpo ao leme a guiar
as naus no resto do fim do espaço:
que até ausente soube cercar
a terra inteira com seu abraço.

Violou a Terra. Mas eles não
20 o sabem, e dançam na solidão;
e sombras disformes e descompostas,

VIII

FERNANDO DE MAGALLANES

En el valle una hoguera está luciendo.
Una danza va el mundo sacudiendo.
Sombras disformes, sombras descompuestas
en negros claros por el valle van.
5 Súbitamente suben por las cuestas,
yendo a perderse en la oscuridad.

¿De quién la danza que la noche aterra?
Son los Titanes, hijos de la Tierra.
Danzan la muerte de ese marinero
10 que ceñir quiso el materno bulto
—de entre todos los hombres el primero—,
en la lejana playa al fin sepulto.

Danzando ignoran que aún el alma osada
del muerto manda en la gran armada.
15 Pulso sin cuerpo aún el timón gobierna,
llegan las naves al fin del espacio,
que aun ausente abarcar la Tierra
entera sabe dentro de su abrazo.

Violó la Tierra, pero esa verdad
20 sin conocer, danzan en su soledad.
Y así, sombras disformes, descompuestas,

indo perder-se nos horizontes,
galgam do vale pelas encostas
dos mudos montes.

yendo a perderse tras los horizontes,
se apresuran del valle por las cuestas
de mudos montes.

IX

ASCENSÃO DE VASCO DA GAMA

Os Deuses da tormenta e os gigantes da terra
suspendem de repente o ódio da sua guerra
e pasmam. Pelo vale onde se ascende aos céus
surge um silêncio, e vai, da névoa ondeando os véus,
5 primeiro um movimento e depois um assombro.
Ladeiam-no, ao durar, os medos, ombro a ombro,
e ao longe o rastro ruge em nuvens e clarões.

Em baixo, onde a terra é, o pastor gela, e a flauta
cai-lhe, e em êxtase vê, à luz de mil trovões,
10 o céu abrir o abismo à alma do Argonauta.

IX

ASCENSIÓN DE VASCO DE GAMA

Dioses de la tormenta y terrenos gigantes
de repente suspenden sus guerreros ataques
y se pasman. Del valle que asciende a los cielos
un silencio hay que agita de la niebla los velos,
5 primero un movimiento y después un asombro.
Lo flanquean, durando, miedos, hombro con hombro,
y el rastro ruge en nubes y claros, a lo lejos.

Con el frío, en la tierra cae del pastor la flauta
y extrático advierte, a la luz de mil truenos,
10 que abre el cielo su abismo al almado Argonauta.

X

MAR PORTUGUÊS

Ó mar salgado, quanto do teu sal
são lágrimas de Portugal!
Por te cruzarmos, quantas mães choraram,
quantos filhos em vão rezaram!
5 Quantas noivas ficaram por casar
para que fosses nosso, ó mar!

Valeu a pena? Tudo vale a pena
se a alma não é pequena.
Quem quer passar além do Bojador
10 tem que passar além da dor.
Deus ao mar o perigo e o abismo deu,
mas nele é que espelhou o céu.

X

MAR PORTUGUÉS

¡Oh, mar salado, cuánta de tu sal
son las lágrimas hoy de Portugal!
¡Cuántas madres, por ti, habrán llorado,
cuántos hijos en vano habrán rezado!
5 ¡Cuántas novias quedaron por casar
para que fueses nuestro, oh nuestro mar!

¿Valió la pena? Todo ha de valerla
cuando nuestra alma no es pequeña.
Quien quiera ir allende Bojador
10 ha de pasar allende del dolor.
Dios peligro y abismo al mar le dio,
pero sobre él el cielo reflejó.

XI

A ÚLTIMA NAU

Levando a bordo El-Rei D. Sebastião,
e erguendo, como um nome, alto o pendão
do Império,
foi-se a última nau, ao sol aziago
5 erma, e entre choros de ânsia e de presságo
mistério.

Não voltou mais. A que ilha indescoberta
aportou? Voltará da sorte incerta
que teve?
10 Deus guarda o corpo e a forma do futuro,
mas Sua luz projeta-o, sonho escuro
e breve.

Ah, quanto mais ao povo a alma falta,
mais a minha alma atlântica se exalta
15 e entorna,
e em mim, num mar que não tem tempo ou 'spaço,
vejo entre a cerração teu vulto baço
que torna.

Não sei a hora, mas sei que há a hora,
20 demore-a Deus, chame-lhe a alma embora
mistério.

XI

LA ÚLTIMA NAO

Lleva a bordo la nave al buen rey don
Sebastián. Es su nombre alto pendón
de Imperio.

5 Fuese la última nao, al sol mortal,
yerma, en llantos de ansia y destinal
misterio.

Nunca volvió. ¿De qué isla indescubierta?
¿Regresará de aquella suerte incierta,
aleve?

10 Guarda Dios cuerpo y forma del futuro,
mas su luz lo proyecta, sueño oscuro
y breve.

Ah, cuanto más al pueblo el alma falta
tanto más mi alma atlántica se exalta
15 y forma,
y en mí, en un mar ya sin tiempo ni espacio,
veo borrosa tu faz, que al fin, despacio,
torna.

La hora no sé, pero sí sé que hay hora,
20 Dios la demore o llame al alma ahora.
Misterio.

Surges ao sol em mim, e a névoa finda:
a mesma, e trazes o pendão ainda
do Império.

Surges al sol en mí, la niebla cede:
la misma en que el pendón aún se yergue
de Imperio.

XII

PRECE

Senhor, a noite veio e a alma é vil.
Tanta foi a tormenta e a vontade!
Restam-nos hoje, no silêncio hostil,
o mar universal e a saudade.

5 Mas a chama, que a vida em nós criou,
se ainda há vida ainda não é finda.
O frio morto em cinzas a ocultou:
a mão do vento pode ergue-la ainda.

10 Dá o sopro, a aragem —ou desgraça ou ânsia—
com que a chama do esforço se remoça,
e outra vez conquistemos a Distância—
do mar ou outra, mas que seja nossa!

XII

ORACIÓN

Señor, vino la noche, el alma es vil.
¡Tanta fue la tormenta y la esperanza!
Nos restan hoy, en el silencio hostil,
el mar universal y la nostalgia.

5 Pero la llama, que la vida crea,
si es que hay vida aún, no se termina.
Si el muerto frío hoy sus brasas ciega,
mano del viento puede aún erguirla.

10 ¡Da brisa o soplo –o desgracia o ansia–,
que su esfuerzo la llama avivará!
Y otra vez conquistemos la Distancia–
del mar u otra, pero ¡nuestra ya!

TERCEIRA PARTE

O ENCOBERTO

TERCERA PARTE

EL ENCUBIERTO

PAX IN EXCELSIS

PAX IN EXCELSIS

I

OS SÍMBOLOS

I

LOS SÍMBOLOS

PRIMEIRO

D. SEBASTIÃO

Esperai! Caí no areal e na hora adversa
que Deus concede aos seus
para o intervalo em que esteja a alma imersa
em sonhos que são Deus.

- 5 Que importa o areal e a morte e a desventura
se com Deus me guardei?
É O que eu me sonhei que eterno dura,
é Esse que regressarei.

PRIMERO

DON SEBASTIÁN

¡Esperad! Caí en la arena a la hora adversa
que Dios les da
a los suyos, estando el alma inmersa
en Dios soñar.

- 5 ¿Qué harán muerte, desierto y desventura
si en Dios entré?
Con Lo que me soñé, que eterno dura,
regresaré.

SEGUNDO

O QUINTO IMPÉRIO

Triste de quem vive em casa,
contente com o seu lar,
sem que um sonho, no erguer de asa,
faça até mais rubra a brasa
5 da lareira a abandonar!

Triste de quem é feliz!
Vive porque a vida dura.
Nada na alma lhe diz
mais que a lição da raiz—
10 ter por vida a sepultura.

Eras sobre eras se somem
no tempo que em eras vem.
Ser descontente é ser homem,
que as forças cegas se domem
15 pela visão que a alma tem!

E assim, passados os quatro
tempos do ser que sonhou,
a terra será teatro
do dia claro, que no atro
20 da erma noite começou.

SEGUNDO

EL QUINTO IMPERIO

¡Triste de quien se regala,
satisfecho ante el hogar,
sin que un sueño, un batir de alas,
le haga aun la más rubra brasa
5 de ese fuego abandonar!

¡Triste de quien es feliz!
Vive pues la vida dura.
Nada en el alma le diz
sino lección de raíz—:
10 por vida la sepultura.

Eras en eras se encogen
del tiempo que en eras viene.
Ser descontento es ser hombre.
¡Las ciegas fuerzas se domen
15 con la visión que alma tiene!

Y así, pasados los cuatro
tiempos del ser que soñó,
la tierra será teatro
del día claro que en lo oscuro
20 de la noche comenzó.

Grécia, Roma, Cristandade,
Europa – os quatros se vão
para onde vai toda idade.
Quem vai viver a verdade
25 que morreu D. Sebastião?

Grecia, Roma, Cristiandad,
Europa: todos se van
a donde va toda edad.
¿Quién vivirá la verdad
que murió don Sebastián?

25

TERCEIRO

O DESEJADO

Onde quer que, entre sombras e dizeres,
jazas, remoto, sente-te sonhado,
e ergue-te do fundo de não-seres
para teu novo fado!

5 Vem, Galaaz com pátria, erguer de novo,
mas já no auge da suprema prova,
a alma penitente do teu povo
à Eucaristia Nova.

10 Mestre da Paz, ergue teu gládio unguido,
Excalibur do Fim, em jeito tal
que sua Luz ao mundo dividido
revele o Santo Gral!

TERCERO

EL DESEADO

¡Do quiera que, entre sombras y decires,
yazcas, remoto, siéntete soñado.
Surge del fondo de no ser, revive
a nuevo hado!

5 Ven, Galaad con patria, a alzar de nuevo,
llegando al cénit de suprema prueba,
la penitente alma de tu pueblo:
Comunión Nueva.

10 ¡Maestro de Paz, alza tu gladio ungado,
Excalibur del Fin, de modo tal
que su Luz muestre, al mundo dividido,
el Santo Grial!

CUARTO

AS ILHAS AFORTUNADAS

Que voz vem no som das ondas
que não é a voz do mar?
E a voz de alguém que nos fala,
mas que, se escutamos, cala,
5 por ter havido escutar.

E só se, meio dormindo,
sem saber de ouvir ouvimos
que ela nos diz a esperança
a que, como uma criança
10 dormente, a dormir sorrimos.

São ilhas afortunadas
são terras sem ter lugar,
onde o Rei mora esperando.
Mas, se vamos despertando
15 cala a voz, e há só o mar.

CUARTO

LAS ISLAS AFORTUNADAS

¿Qué voz viene con las olas
que no es la voz del mar?
La voz de alguien que nos habla,
mas, si escuchamos, se calla
5 porque se quiso escuchar.

Sólo si, medio durmiendo,
sin saber de oír oímos,
a la esperanza que ofrece,
tal como un niño que duerme,
10 al dormir, le sonreímos.

Islas son afortunadas,
tierras sin tener lugar
donde el Rey mora, esperando.
Mas, si vamos despertando,
15 la voz calla y sólo hay mar.

QUINTO

O ENCOBERTO

Que símbolo fecundo
vem na aurora ansiosa?
Na Cruz Morta do Mundo
a Vida, que é a Rosa.

5 Que símbolo divino
traz o dia já visto?
Na Cruz, que é o Destino,
a Rosa que é o Cristo.

10 Que símbolo final
mostra o sol já desperto?
Na Cruz morta e fatal
a Rosa do Encoberto.

QUINTO

EL ENCUBIERTO

¿Qué símbolo fecundo
viene en la aurora ansiosa?
En la Cruz Muerta del Mundo
la Vida, que es la Rosa.

5 ¿Qué símbolo divino
trae el día ya visto?
En la Cruz, que es el Destino,
la Rosa, que es el Cristo.

10 ¿Qué símbolo final
muestra el sol ya despierto?
En la Cruz muerta y fatal
la Rosa del Encubierto.

II

OS AVISOS

II

LOS AVISOS

PRIMEIRO

O BANDARRA

Sonhava, anónimo e disperso,
o Império por Deus mesmo visto,
confuso como o Universo
e plebeu como Jesus Cristo.

- 5 Não foi nem santo nem herói,
mas Deus sagrou com Seu sinal
este, cujo coração foi
não português, mas Portugal.

PRIMERO

BANDARRA

Soñó, anónimo y disperso,
el Imperio por Dios visto,
confuso cual Universo
y plebeyo como Cristo.

- 5 No fue ni santo ni héroe,
mas Dios le dio Su señal
a quien fue, en su corazón,
no portugués: Portugal.

SEGUNDO

ANTÓNIO VIEIRA

O céu estrela o azul e tem grandeza.
Este, que teve a fama e à glória tem,
imperador da língua portuguesa,
foi-nos um céu também.

5 No imenso espaço seu de meditar,
constelado de forma e de visão,
surge, prenúncio claro do luar,
el-Rei D. Sebastião.

10 Mas não, não é luar: é luz do etéreo.
É um dia; e, no céu amplo de desejo,
a madrugada irreal do Quinto Império
doira as margens do Tejo.

SEGUNDO

ANTONIO VIEIRA

Brilla el cielo en su azul, tiene grandeza.
Éste, que tras la fama obtuvo gloria,
emperador del habla portuguesa,
un cielo otorga.

5 Constelado de forma y de visión,
 en el espacio de su meditar,
 surge, anuncio de luna llena, el rey
 don Sebastián.

10 Pero no es luna, no, que es luz del día
 y del amplio deseo, cielo abajo,
 irreal, Quinto Imperio amanecía
 ya sobre el Tajo.

TERCEIRO

Screvo meu livro à beira-mágoa.
Meu coração não tem que ter.
Tenho meus olhos quentes de água.
Só tu, Senhor, me dás viver.

5 Só te sentir e te pensar
meus dias vácuos enche e doura.
Mas quando quiserás voltar?
Quando é o Rei? Quando é a Hora?

10 Quando virás a ser o Cristo
de a quem morreu o falso Deus,
e a despertar do mal que existo
a Nova Terra e os Novos Céus?

15 Quando virás, ó Encoberto,
sonho das eras português,
tornar-me mais que o sopro incerto
de um grande anseio que Deus fez?

Ah, quando quiserás voltando,
fazer minha esperança amor?
Da névoa e da saudade quando?
20 Quando, meu Sonho e meu Senhor?

TERCERO

Mi libro escribo a duras penas,
casi no alienta mi corazón.
Un agua ardiente mis ojos quema.
Sólo tú vida me das, Señor.

5 Sólo el sentirte, sólo el pensarte
mis vanos días completa y dora.
¿Cuándo querrás regresar, tornarte?
¿Cuándo es el Rey? ¿Cuándo es la Hora?

10 ¿Cuándo vendrás, cuándo, a ser el Cristo
de a quien el falso Dios ya muriera,
y a despertar del mal en que existo
los Nuevos Cielos, la Tierra Nueva?

15 ¿Cuándo irás, cuándo, oh, Encubierto,
sueño de un Tiempo ya portugués,
a hacerme más que ese soplo incierto
del que Dios quiso anhelo hacer?

20 Ah, ¿cuándo al fin cambiarás tornando
mis esperanzas en pleno amor?
¿Niebla y nostalgia disueltas cuándo?
¿Cuándo, mi Sueño y mi Señor?

III

OS TEMPOS

III

LOS TIEMPOS

PRIMEIRO

NOITE

A nau de um deles tinha-se perdido
no mar indefinido.

O segundo pediu licença ao Rei
de, na fé e na lei
5 da descoberta, ir em procura
do irmão no mar sem fim e a névoa escura.

Tempo foi. Nem primeiro nem segundo
volveu do fim profundo
do mar ignoto à pátria por quem dera
10 o enigma que fizera.

Então o terceiro a El-Rei rogou
licença de os buscar, e El-Rei negou.

*

Como a um cativo, o ouvem a passar
os servos do solar.

15 E, quando o veem, veem a figura
da febre e da amargura,
com fixos olhos rasos de ânsia
fitando a proibida azul distância.

*

PRIMERO

NOCHE

De uno la nao se ha perdido
en el mar indefinido.
El segundo pidió al Rey
permiso para, en fe y ley
5 del descubrir, ir en busca
del hermano al mar sin fin surcando la niebla oscura.

Ni el primero ni el segundo
volvió de aquel mar profundo
que a la patria ignoto diera
10 con el enigma que hiciera.
El tercero al Rey rogó
permiso para buscarlos, pero el Rey se lo negó.

*

Cautivo lo oyen pasar
hoy los siervos del solar
15 y, al verlo, ven la figura
de la fiebre y la amargura,
con los ojos fijos de ansia
mirando a la prohibida azul distancia.

*

- 20 Senhor, os dois irmãos do nosso Nome—
o Poder e o Renome—
ambos se foram pelo mar da idade
à tua eternidade;
e com eles de nós se foi
o que faz a alma poder ser de herói.
- 25 Queremos ir buscá-los, desta vil
nossa prisão servil:
é a busca de quem somos, na distância
de nós; e, em febre de ânsia,
a Deus as mãos alçamos.
- 30 Mas Deus não dá licença que partamos.

- 20 Los dos hermanos, Señor, de nuestro Nombre
–el Poder y el Renombre–
atravesando el mar de la edad
ambos se fueron a tu eternidad,
y con ellos se fue lo que nos falta,
lo que hace que sea heroica el alma.
- 25 Ir a buscarlos ya, desde esta vil
nuestra prisión servil,
es buscar a quien somos, a distancia,
sí, de nosotros, que, entre fiebre y ansia,
hacia Dios las manos levantamos.
- 30 Pero Dios no permite que partamos.

SEGUNDO

TORMENTA

Que jaz no abismo sob o mar que se ergue?
Nós, Portugal, o poder ser.
Que inquietação do fundo nos soergue?
O desejar poder querer.

- 5 Isto, e o mistério de que a noite é o fausto.
Mas súbito, onde o vento ruger,
o relâmpago, farol de Deus, um hausto
brilha e o mar 'scuro 'struge.

SEGUNDO

TORMENTA

¿Qué yace al fondo del mar que se yergue?
Portugal, nosotros, poder ser.
¿Qué inquietud esa que del fondo emerge?
La del desear poder querer.

5 Tal el misterio que en la noche alienta...
Pero de pronto, donde el viento zumba,
vivo farol de Dios, el rayo incendia,
y entre la oscuridad el mar retumba.

TERCEIRO

CALMA

Que costa é que as ondas contam
e se não pode encontrar
por mais naus que haja no mar?
O que é que as ondas encontram
5 e nunca se vê surgindo?
Este som de o mar praiar
onde é que está existindo?

Ilha próxima e remota,
que nos ouvidos persiste,
10 para a vista não existe.
Que nau, que armada, que frota
pode encontrar o caminho
à praia onde o mar insiste,
se à vista o mar é sozinho?

15 Haverá rasgões no espaço
que dêem para outro lado,
e que, um deles encontrado,
aqui, onde há só sargaço,
surja uma ilha velada,
20 o país afortunado
que guarda o Rei desterrado
em sua vida encantada?

TERCERO

CALMA

¿Qué costa las olas cuentan
que no se puede encontrar
por más naos que haya en el mar?
Pues, ¿qué las olas encuentran
5 que nunca se ve surgiendo?
¿Este romperse del mar,
dónde está siendo?

Isla próxima y remota,
que en los oídos persiste,
10 mas que a la vista no existe.
¿Qué nao, qué armada, qué flota
puede el camino encontrar
de playa en que el mar embiste,
si a la vista sólo hay mar?

15 ¿Rasgones en el espacio
hay que den para otro lado
y que, siendo uno encontrado,
donde no hay sino sargazo
surja una isla velada,
20 el país afortunado
que guarda al Rey desterrado
allí, en su vida encantada?

QUARTO

ANTEMANHÃ

O mostrengo que está no fim do mar
veio das trevas a procurar
a madrugada do novo dia,
do novo dia sem acabar;
5 e disse, «Quem é que dorme a lembrar
que desvendou o Segundo Mundo
nem o Terceiro quer desvendar?».

E o som na treva de ele rodar
faz mau o sono, triste o sonhar,
10 rodou e foi-se o mostrengo servo
que seu senhor veio aqui buscar.
Que veio aqui seu senhor chamar—
chamar Aquele que está dormindo
e foi outrora Senhor do Mar.

CUARTO

ALBA

Aquel monstruo que está al fin del mar
de las tinieblas emergió, a buscar
la madrugada que abre el nuevo día,
día nuevo que no ha de acabar,
5 y exclamó, «¿Quién duerme, recordando
que desveló el Segundo Mundo,
y el Tercero no acepta ir desvelando?».

En la tiniebla, ronco, su rondar
trae malos sueños, triste hace el soñar.
10 Y gira y huye el monstruoso siervo
que a su señor vino aquí a buscar.
Que vino aquí a su señor llamar;
llamar a Aquél que allá está durmiendo
y otrora fuera el Señor del Mar.

QUINTO

NEVOEIRO

Nem rei nem lei, nem paz nem guerra,
define com perfil e ser
este fulgor baço da terra
que é Portugal a entristecer—
5 brilho sem luz e sem arder,
como o que o fogo-fátuo encerra.

Ninguém sabe que coisa quer.
Ninguém conhece que alma tem,
nem o que é mal nem o que é bem.
10 (Que ânsia distante perto chora?).
Tudo é incerto e derradeiro.
Tudo é disperso, nada é inteiro.
Ó Portugal, hoje és nevoeiro...

É a Hora!

Valete, Fratres.

QUINTO

NIEBLA

Rey ni ley ni paz ni guerra
define en perfil y ser
este hosco fulgor de tierra:
Portugal. Su entristecer
5 brillo es sin luz, sin arder,
cual el fuego fatuo encierra.

Nadie sabe lo que quiere.
Nadie sabe qué alma tiene,
ni sabe qué es bien ni mal.
10 (¿Qué ansia ausente cerca llora?).
Todo es incierto y postrero.
Todo suelto, nada entero.
Niebla eres hoy, Portugal...

¡Es la Hora!

Valete, Fratres.



Ni insumiso frente a la Historia, ni dócil a los rigores de la historiografía, la construcción poética de Fernando Pessoa en este libro, *Mensaje*, puede ser de difícil comprensión. Esto es así no sólo por las claves, a menudo ocultas, sobre las que se alza su «filosofía de la historia», su particular lectura e interpretación del *sebastianismo* y de la revelación del *Quinto Imperio**, sino porque todo ello se apoya en una (s)elección de episodios y personajes de la historia (y la leyenda) portuguesa con los que el lector español tal vez esté poco familiarizado.

El cometido de estas páginas viene a identificar esas figuras a las que el texto alude: y que dispone en un orden preciso, con el fin de articular una especie de «totalidad portuguesa» (*Portugal* fue el primer título del libro).

Figuras históricas en su mayor parte, pero también mitológicas o simbólicas, componen el mensaje de esta glosa como glosa al *Mensaje* pessoano.

- * Se indican aquí algunos libros, pocos entre la infinidad de los posibles, de aconsejable consulta: Fernando Pessoa, *Mensagem. Poemas esotéricos*, ALLCA, XX - Editorial Universitaria, París, 1993; *Sebastianismo e Quinto Império*, Ática, Lisboa, 2011; *Política y profecía. Escritos políticos 1910-1935*, Montesinos, Barcelona, 2013; *Iberia. Introducción a un imperialismo futuro*, Pre-Textos, Valencia, 2013; A. Costa Lobo, *Origens do Sebastianismo*, Texto Editores, Alfragide, 2011; Miguel Real, *Nova Teoria do Sebastianismo*, D. Quixote, Alfragide, 2013; José Van den Besselaar, *O Sebastianismo. História sumária*, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, Lisboa, 1987; Jorge Nascimento Rodrigues y Tessaleno Devezas, *Portugal: o pioneiro da globalização. A Herança das descobertas*, Centro Atlântico, V.N. Famalicao, 2009; Isabel Soler, *El nudo y la esfera. El navegante como artífice del mundo moderno*, Acantilado, Barcelona, 2003. No es nunca inoportuno frecuentar la *Historia del futuro*, del Padre Antonio Vieira, de la que existe en Cátedra (Madrid, 1987) excelente edición.

ALFONSO DE ALBURQUERQUE (1453-1515)

Navegante, explorador, conquistador, hábil en la estrategia, sutil en la diplomacia, feroz e implacable en la guerra. Alfonso de Alburquerque fatigó los océanos y sometió tierras tanto en África como en Asia desde el Mar Rojo hasta Sumatra o las islas Molucas. Paradigma de esa época de descubrimientos y conquistas en la que el Reino de Portugal disputaba, con éxito, la primacía mundial, logró establecer en Goa la capital del Estado Portugués de la India (entidad difusa y enormemente amplia que cubría parte de África y la práctica totalidad de Asia). Esa capital sería a la postre su (primera) tumba. Sus éxitos despertaron envidias; incluso los celos del rey Don Manuel I, confundido por los calumniadores.

Gloria de la epopeya portuguesa (como «indómito guerrero y sabio gobernador» lo describe A. Costa Lobo), mereció, como todos los que tienen el coraje por atributo, epítetos marciales: «el Grande», «el Terrible» o «el León de los Mares» fueron algunos de ellos.

(*Alfonso de Alburquerque*, p. 97)

DON ALFONSO ENRÍQUEZ (1109-1185)

Alfonso I, el Conquistador, gozó de tal sobrenombre por motivos obvios: casi toda su vida la dedicó a incrementar el territorio que había recibido como herencia. Descendiente de Borgoña y de León, autoarmado caballero en Zamora, luchó incluso con(tra) su madre: y (la) venció. Estableció su corte (condal) primero en Guimaraes, después en Coimbra. En 1139, tras la victoria contra los almorávides en la batalla de Ourique, fue proclamado, el día de la festividad del apóstol Santiago, rey de Portugal: el primero en gozar de tal dignidad. En 1179 ese título y esa condición serían reconocidos por el Papa Alejandro III a través de la bula *Manifestus probatum*: Alfonso I y Portugal quedaban así bajo el amparo de la Iglesia, lo que evitaba, o excluía, cualquier otro vasallaje.

Con ello, la independencia de Portugal era ya un hecho:
(con)sagrado.

(*Don Alfonso Enríquez*, p. 67)

NUÑO ÁLVAREZ PEREIRA (1360-1431)

Como algún otro, Nuño Álvarez Pereira fue militar antes que santo. Noble, general y Condestable de Portugal, su exitosa carrera al servicio (del mantenimiento) de la independencia portuguesa frente a las ambiciones de Castilla llegó a su cumbre con la victoria en la batalla de Aljubarrota, en 1385, en la que un número exiguo de efectivos portugueses, por él comandados, vencieron a una hueste impresionante castellano-francesa. Durante años sería el baluarte, dotado de una gran capacidad estratégica, de la independencia de Portugal.

Quizá cansado, en 1423 repartió sus bienes e ingresó en la orden del Carmelo. Desaparecía así Nuño Álvarez Pereira (para el mundo o el siglo) y nacía el Hermano Nuño de Santa María (para el Reino). Póstuma y largamente demorada fue su última (e incruenta) victoria: en 2009 es canonizado por el papa Benedicto XVI. Portugal y la Cristiandad desde entonces celebran el 6 de noviembre la festividad de este San Nuño.

(*Nuño Álvarez Pereira*, p. 89)

ARGONAUTAS

Intrépidos navegantes, según la épica narración de Apolonio de Rodas y leves sugerencias en Homero, Hesíodo, Píndaro o Eurípides (sin agotar el elenco de las fuentes que versan sobre la aventura), los tripulantes del Argo viajaron hasta la Cólquide (más o menos la actual Georgia), tierra enigmática y semisalvaje en la que gobernaba Eates y brillaba con luz propia (e inquietante) su hija Medea. Ilustres nombres llenan el navío: entre ellos Hércules, Cástor, Orfeo, Asterión, Argos o Augías... (Vasco de Gama no hubiera desentonado

entre tan brava tripulación; Alfonso de Alburquerque tampoco), comandados todos por Jasón. El propósito del viaje era conquistar el Vellochino de Oro: la piel mágica de un carnero custodiada en la Cólquide.

A la postre, con traición y astucia, el vellochino sería conquistado. La peripecia y el *nóstos* (nostalgia de la casa o del retorno) dieron lugar a uno de los ciclos épicos de mayor raigambre en Grecia y una de las piezas más impresionantes de la tragedia ática: *Medea*.

(*Ascensión de Vasco de Gama*, p. 123)

ARTURO

Si a lo largo de la historia (legendaria) ha habido un rey que ha representado el *tipo ideal* de la monarquía, ése ha sido el britano Arturo, nacido en Tintagel, residente en Camelot y muerto en Avalon, que, tras defender con valentía su territorio frente a los ataques sajones, condujo su gobierno con elevados criterios de justicia y exhibiciones de geométrica igualdad: sabido es que hacía sentarse a sus caballeros a una mesa redonda, alrededor de la cual todos eran equi-valentes, monarca incluido.

Famosas aventuras de amor y combate componen la «materia de Bretaña», que se fue configurando lentamente, acaso desde su lejano origen en la «materia celta», hasta alcanzar madurez en la *Historia regum Britanniae*, de Godofredo de Monmouth, y diversificar sus registros (incorporando incluso nuevos personajes y episodios) en la obra de Chrétien de Troyes, o en la de Thomas Malory.

Tanto la literatura posterior como otros soportes artísticos, entre los que destacan el cine y el cómic, han rendido tributo a esa figura legendaria y su entorno: su espada, Excalibur, su esposa Ginebra, Merlín y Morgana, Lancelot... El mundo, si no el de la mera historia sí sin duda el de la leyenda, aún sigue esperando el retorno de Arturo.

(*Nuño Álvarez Pereira*, p. 89)

ATLAS

En honor a los navegantes —claro que no sólo portugueses— es preciso empezar diciendo que el atlas es ese libro (normalmente editado en gran formato) que contiene, a escala, el mundo entero, con sus continentes y sus mares.

Pero antes de contenerlo, Atlas lo sostuvo, más o menos (en la iconografía aparece con frecuencia portando el globo terráqueo). Pues él fue quien comandó al ejército de los titanes en su lucha contra los dioses. Tras la derrota fue condenado por Zeus a sostener el cielo sobre sus hombros, erigido así en columna que separa (y une) Cielo y Tierra —Urano y Gea—, los cuales, según algunas versiones del mito, eran sus padres. Según otras su incestuoso padre era Cronos.

Petrificado por Perseo y la cabeza de la Gorgona Medusa, se convirtió en una cordillera. Un océano tal vez lleve su nombre. Y un continente desaparecido de inciertos y estimulantes contenidos.

(Epitafio de Bartolomé Díaz, p. 113)

BANDARRA (1500-1556)

Zapatero, profeta y poeta (no necesariamente en ese orden), Antonio González Anes «Bandarra», el zapatero de Trancoso, es crucial en la historia portuguesa, tanto en la historia literaria como en la religiosa y la política. Las trovas de Bandarra, de cariz mesiánico y tono milenarista, fueron alabadas y temidas en su época. La Santa Inquisición, que apreció en las profecías sutiles matices judaizantes, condenó al autor e incluyó los versitos en el Índice de libros prohibidos. Quizá ese mérito aseguró su difusión en copias piratas. El mensaje de Bandarra fue recibido, entre otros, por el jesuita y genio de la retórica Antonio Vieira: continente pre-dispuesto para recibir informaciones varias, nostalgias y anhelos.

Efectivamente, interpretadas las coplas como profecía de la muerte y, sobre todo, del regreso del Rey Sebastián (y por ello, primer documento —pre-maturo— del «sebastia-

nismo» político), Vieira las vinculó a su propia construcción teórica, milenarista y mesiánica, del Quinto Imperio, decididamente universal, con Portugal a la cabeza de él.

(*Bandarra*, p. 153)

CABO BOJADOR

El Cabo del Miedo (así era también denominado), en la costa del Sáhara, fue obstáculo insalvable para el cabotaje africano hasta 1434. Hasta entontes, la cantidad de barcos que desaparecían o encallaban en sus inmediaciones alimentó la leyenda que hacía de ese entorno residencia de monstruos y animales fantásticos. Estudioso de los vientos y las corrientes marinas, el navegante Gil Eanes logró doblar el Cabo, para mayor gloria del Reino de Portugal y tranquilidad de los viajeros.

(*Mar portugués*, p. 125)

DIEGO CAO (segunda mitad del siglo XV)

La imprecisión de la fecha merece una leve explicación. No se sabe a ciencia cierta en qué año (ni en qué localidad) nació Cao (sí se sabe que fue hijo ilegítimo). Tampoco se sabe la fecha de su muerte, ni si ésta, de hecho, aconteció. Era ya capitán de navío a la altura de 1480. Encargado por el rey Juan II recorrió la costa africana, hasta el Congo, Angola y Namibia: el *Cape Cross* debe su nombre a la cruz que allí levantó Cao en su viaje. Pero no sólo eso: tras la pista del reino de Preste Juan, remontó el río Congo.

Aficionado, como tantos otros, a marcar los hitos de su trayectoria, erigió pilares (*padrões*), didácticos y conmemorativos, alguno de los cuales se conserva.

(*Pilar*, p. 107)

LOS COLONES (Cristóbal, Bartolomé, Diego y Hernando)

Apenas fue necesario, al menos hasta que se modificaron los planes de estudio en primaria, glosar la peripecia de «Los Colones»: la primera empresa familiar transatlántica de que se tiene noticia.

Cristóbal y Bartolomé, hermanos entre sí, nacieron, parece ser, en Génova (república, a la sazón) y fueron registrados, y bautizados, como Cristóforo y Bartolomeo Colombo: más tarde fueron Cristóvão y Bartolomeu, antes de la definitiva castellanización de sus nombres. Tales transiciones onomásticas dan cuenta de la movilidad de los hermanos a lo largo de los años.

Llamados por el mar desde muy jóvenes, acumularon tanto conocimientos como experiencia. Bartolomeo fue extraordinario geógrafo, cartógrafo, dibujante de mapas y constructor de artes de navegación, viajó en expediciones varias, entre las que tal vez pueda contarse aquella en la que Bartolomé Díaz dobló el cabo de las Tormentas, y estuvo en Francia y en Inglaterra antes de recalar, por este orden, en Portugal y en Castilla; Cristóforo navegó el Mediterráneo antes de sentirse atraído por el inmenso Atlántico. Residió en Portugal, donde contrajo matrimonio. Y parece que allí (Portugal era entonces la gran potencia naval) concibió, en diálogo y colaboración con su hermano, el proyecto de abrir una ruta hacia Cipango (entonces parte de «Las Indias» y actualmente Japón) a través del Atlántico. La idea, basada en teorías, no del todo erradas, sobre la esfericidad de la Tierra y apoyada en trabajos de Toscanelli (fundados a su vez en las expediciones de Marco Polo), consistía en surcar una vía alternativa, y acaso más corta, que la «oficial», la que ya transitaban los portugueses circunnavegando África hacia el océano Índico. El problema fue que nadie contaba con el escollo plantado en medio del océano: América.

Los hermanos intentaron convencer a diferentes monarquías de las posibilidades de éxito de la travesía para la que solicitaban financiación. Dialogaron con Portugal, tentaron a Francia..., y convencieron al Matrimonio Católico

hispano, que, aunque con reticencias, se hizo cargo del coste del viaje.

Colón, ya Cristóbal, salió del puerto de Palos el día 3 de agosto de 1492 al mando de tres flamantes carabelas: la Pinta, la Niña y la Santa María. El propósito: llegar a la India; el resultado: descubrir América. El día de Nuestro Señor del 12 de octubre del mismo año el vigía de la Pinta, Rodrigo de Triana (o tal vez de Lepe), gritó: «¡Tierra a la vista!». El descubrimiento, sin saberlo, se había realizado. Y comenzaba la «colonización».

En la que participaron los dos hermanos: el Almirante Cristóbal y Bartolomé, Gobernador de La Española, entre otras cosas. También los hijos del Almirante, Diego y Hernando, son protagonistas de la epopeya: Hernando, ambicioso heredero de Cristóbal y virrey; Diego, geógrafo de gran talento, destacaba por sus amplios conocimientos e intereses (llegó a reunir una impresionante biblioteca, la «Colombina») y escribió la que se conoce como *Historia del Almirante*.

Nadie discute la magnitud de la proeza, ni la legitimidad de la familia en cuanto a la titularidad de la empresa. Pero sí hay quien apunta que el éxito colombino (e hispano) es reflejo y consecuencia de la vocación naval portuguesa: nación que no sólo había abierto la ruta hacia la India sino que, andando (o navegando) el tiempo, hubiera llegado a América, como de hecho sucedió al tocar Brasil en 1500. No se trata sólo de celos entre los dos países ibéricos. En su obra *The Expansion of England* (1883), el historiador británico John Robert Seely afirma: «Entre las naciones señaladas en la historia de los descubrimientos, España se llevó el premio, menos por merecerlo que por el capricho de la suerte, que envió a Colón. Pero la nación que realmente lo merecía sin discusión era Portugal, a la que casi asiste razón cuando se queja de la intrusión sufrida». Leyenda negra, quizá. *One more time*.

(*Los Colones*, p. 115)

DON DENÍS (1261- 1325)

Polígrafo con diferentes intereses culturales, fundó la Universidad de Coimbra, impulsó el ejercicio de la traducción y escribió tratados de diversas materias. También, o sobre todo, poeta, se conservan, de su autoría, cantigas o cantares de distinto estilo e intención (entre ellos, algunos «de amigo»: ese lamento por el amado ausente con base en la lírica popular, de gran arraigo en Galicia y norte de Portugal), a algunos de los cuales puso música.

Dionisio I, rey de Portugal, fue un monarca pacífico en unos tiempos bastante turbulentos. De talante organizativo y dotado de destreza diplomática, minimizó los conflictos y se volcó en dotar al reino de estructura administrativa y cobertura legal. Preocupado por el desarrollo tanto rural como urbano, para garantizar el cual acometió una ambiciosa política de obras, su mayor legado quizá fuera la fundación y el sostén real dedicado a la «armada» portuguesa.

Concernido así por tierra y mar, y por ambos también solicitado, hizo que plantaran un pinar: para contener el fuerte avance del segundo sobre la primera.

(*Don Denís*, p. 69)

EL DESEADO

Que el/lo Deseado venga a ser —a la vez, a su vez— el/lo Encubierto es una verdad «multifacética»: psicológica, histórica, hasta mítica...

Apenas cabe duda de que la referencia (semi)oculta es Don Sebastián, rey adviniente cuyo retorno aguarda Portugal —si es que 'Portugal' aguarda algo que sin duda ahí alienta: en el *mensaje*— con deseo y con impaciencia. Pero ciertamente no lo fue en el inicio literario de su mito. Como también cabe presumir que tampoco lo es en el «final». Pessoa, sebastianista racional, usa la expresión «El Deseado» como si se tratara de una especie de «significante vacío» que podrá tomar forma política, pero también cultu-

ral o literaria: espiritual en el sentido filosófico de ese polisémico adjetivo.

(*El Deseado*, p. 145)

BARTOLOMÉ DÍAZ (1450-1500)

En la carrera naval por descubrir y asegurar la ruta hacia la India, Bartolomé Díaz —entre Diego Cao y Vasco de Gama— dará un paso crucial al traspasar el Cabo de las Tormentas (cerca del cual hallaría la muerte), situado en el extremo sur de África. Puso, a partir de allí, rumbo hacia el Índico: una estela seguida por otros ilustres navegantes. A Bartolomé Díaz, como a Moisés, sólo le fue dado ver de lejos, o intuir, el destino perseguido; el cansancio, la penuria y el motín de sus hombres detuvieron aquella travesía e impusieron la vuelta a Portugal. Un segundo viaje por la ruta acabaría al cabo en naufragio.

En su época, y a causa de su gesta, ese Cabo al que Díaz denominó, por razones obvias, «Cabo de las Tormentas» fue (re)bautizado como Cabo de Buena Esperanza: la que el pasaje a la India prometía.

(*Epitafio de Bartolomé Díaz*, p. 113)

DON DUARTE (1391-1438)

Eduardo I, rey de Portugal como sucesor de Juan I, fue un monarca eficaz, y culturalmente muy dotado; ello hasta el punto de escribir de distintas materias, incluida la educación política.

Tras conseguir algún éxito inicial, emprendió la conquista de diversas plazas africanas (como, entre otras, la de Ceuta). Como hiciera su padre, alimentó la vocación marítima del reino, prolongando las connivencias familiares, ya que el rey era hermano del Duque Enrique, justamente llamado El Navegante, al que estimuló (y compensó) en sus aventuras. El impulso que haría familiar a los portugueses la

costa atlántica africana más al sur del Cabo Bojador debe mucho a Don Duarte.

(*Don Duarte, Rey de Portugal*, p. 77)

EL ENCUBIERTO

El mito de un rey o emperador encubierto, durmiente u oculto, que sería el Justo, el Verdadero, tiene raíces en la antigüedad. Y se diversificó en la Edad Media, hasta el punto de que casi cada zona geográfica llega a tener, en un momento u otro, uno o incluso varios encubiertos; su advenimiento es un retorno, la segunda venida, y además esta vez definitiva (repárese en la analogía con el Cristo) del auténtico Rey; ese que es, a la vez, «el-mismo-y-otro», o el mismo al fin transfigurado: los britanos quizá esperen aún a Arturo, como los francos aún a Carlomagno.

Desde el punto de vista de su configuración poética, el gran apoyo es el texto bíblico, y esto ya a partir del profetismo, con su anuncio del Rey y el Reino mesiánicos, hasta el mesianismo neotestamentario con su potente coda apocalíptica. Interpretaciones posteriores, desde San Isidoro, por ejemplo, hasta Joaquín de Fiore, por supuesto, consolidarían el relato.

Bandarra abrevó en esas fuentes, pero también sin duda en algún acontecimiento ibérico que casi le fue contemporáneo. En la guerra de las Germanías más de una vez aparece el Encubierto (*l'Encobert*). En una de las apariciones más notables, un castellano (probablemente un andaluz, quizás uno llamado Juan Navarro) se autoproclamó, y como tal lo (re)conocieron sus adeptos, *lo Senyor Rey Encobert*. Su andadura empezó con una arenga que pronunció en la catedral de Játiva —en donde instaló su Real Corte— y terminó en Valencia, en Burjassot, donde, en el 1522, vino a ser a traición asesinado por sicarios bien retribuidos.

A partir de las coplas de Bandarra, el Encubierto portugués no será otro, en efecto, que el rey Don Sebastián. Mas pronto el nombre queda disponible para acoger otras figuras deseadas. Reyes, durante mucho tiempo.

Puede a este respecto sospecharse que en la poesía (y la prosa) de Pessoa el nombre apunta a alguien no menos real, sin señalar a un monarca o soberano: podría ser un poeta, o un profeta. Tal vez sería el Supra-Camoens que, al fin —y al final—, se des(en)cubre para firmar con su nombre (im)propio el que fue su primer —y único— libro: (fin, y final por tanto, del) *Mensaje*. Y el aviso tercero. ¡Es la Hora!

(*El Encubierto*, p. 149)

EL CONDE DON ENRIQUE (1066-1112)

Enrique, vástago de Borgoña y emparentado tanto con la realeza de León como con la (todo)poderosa abadía de Cluny, fue el primer Conde de Portugal. Oportunismo político, relaciones diplomáticas y la inestimable ayuda de la institución cluniacense —que había extendido una auténtica red de autoridad, como de poder y de influencia, que atravesaba fronteras y decidía destinos— permitieron que Enrique proclamase la independencia del Condado Portucalense cuando en León reinaba doña Urraca, familiarmente vinculada con el conde.

(*El Conde don Enrique*, p. 63)

ENRIQUE, INFANTE DE PORTUGAL (1394-1460)

Hijo de Juan I y Felipa de Lancaster, y hermano por tanto de Eduardo I, el Infante Don Enrique, apodado a la postre El Navegante, fue hombre fundamental en la estrategia de expansión y acondicionamiento del espacio naval portugués en la época de su despliegue.

Gracias a sus dotes estratégicas (de orden militar y comercial), impulsó la conquista de centros decisivos en las rutas, apenas abiertas, de dominio y comercio; en virtud de su parentesco (hijo y hermano de reyes) consiguió monopolios de exploración, explotación y aprovechamiento mercantil, sobre todo en el caso del continente africano: que, gracias en buena parte a la ambición y destreza de Enrique, se fue

haciendo un territorio familiar para los portugueses, como una extensión casi doméstica.

Desde el punto de vista técnico y teórico impulsó también la navegación. Tanto la astronomía como la cartografía fueron ciencias que cultivó el Navegante, y los astilleros fueron parte de su negocio. Contemporáneo, y acaso promotor, de la carabela, la náutica posterior le debe mucho. Y aún más el Imperio Portugués.

(*El Infante Don Enrique*, p. 93)

EXCALIBUR

Varias son las versiones de ese mito en que Excalibur tiene un lugar visible y destacado. Lo menos discutible es que se trata de la espada de Arturo, y acaso que fue forjada, en Avalon, por el mago Merlín. La «Historia de los reyes de Britania» (de Geoffrey de Monmouth) indica que la espada fue clavada por Merlín en la roca, hallándose dispuesta y destinada a quien la pudiera desclavar; y Arturo fue el hombre. Otras fuentes dicen que fue la Dama del Lago (Nimue, o Viviana) quien, a instancias, de nuevo, de Merlín, entregó esa espada al rey que sería de los britanos.

Encontrándose próximo a su muerte, ordenó el rey a uno de los suyos que arrojara aquella espada al lago donde habita la Dama, cuya mano en efecto asió la espada y se sumergió después con ella.

Lago y ninfa custodian aún la espada, presta a un nuevo combate por la justicia en manos del rey..., que, como otro, debe retornar.

(*Nuño Álvarez Pereira*, p. 89; *El Deseado*, p. 145)

DOÑA FELIPA DE LANCASTER (1360-1415)

Hija de Juan de Gante y reina de Portugal por matrimonio con el rey Juan I, fue mujer cultivada, políglota y amante de los libros. Con exquisita educación inglesa se mostró en Por-

tugal capacitada para responsabilidades de gobierno y diversas misiones diplomáticas; y también, obviamente, para comedidos culturales y tareas propias de su rango.

Cultivó en sus hijos tanto la actitud intelectual como las administrativas. Y por lo demás, en buena parte, el desbordamiento atlántico del reino latía en su seno: Eduardo I (Don Duarte) y Enrique el Navegante son dos de los vástagos que tuvo.

Víctima de la peste negra, moriría en el 1415.

(*Doña Felipa de Lancaster*, p. 73)

DON FERNANDO, INFANTE DE PORTUGAL (1402-1443)

Quizás en nuestros lares no debiera ser conocido como el Santo sino como *El príncipe constante*: gracias a don Pedro Calderón. Aún candidato a la canonización tras su beatificación ya muy lejana (en 1470), goza de un sobrenombre que lo acerca a los altares: el Infante Santo. Hijo de Juan I y de Felipa de Lancaster, y por lo tanto hermano de Don Duarte así como de Enrique el Navegante, tomará parte, para su desgracia, en la expansión portuguesa hacia Marruecos. Tras participar en la conquista portuguesa de Tánger, fue apresado y murió, años más tarde, todavía prisionero, en Fez.

(*Don Fernando, Infante de Portugal*, p. 79)

GALAAD

Proporcional —sin duda inversamente— a la impureza de su concepción (donde se dan cita, por lo menos, la traición, la infidelidad, el deseo, el delirio, la magia y el engaño), representa la más inmaculada pureza virginal del caballero, siendo hijo de la infortunada Elaine y el gran Lancelot.

Por inadvertencia o por destino, Galaad ocupa en Camelot el llamado «asiento peligroso», el que se encontraba reservado al conquistador del Santo Grial. Mas no muere en el acto de ocuparlo.

Tras ratificar con otras pruebas la excelencia de su condición, formará parte de la Tabla Redonda, siendo señalado por Arturo como el más grande de los caballeros.

Galaad, junto a Boors y Perceval, finalmente consigue localizar el Grial ansiado. Pero es Galaad el que lo alcanza. En cuyo momento es elevado o arrebatado al cielo (como Elías): prueba, o casi, de su santidad.

(*El Deseado*, 145)

LA HORA

¡Es la Hora! Así, el fin de(l) *Mensaje*. Una que, supuesta y anunciada a lo largo del tiempo —y de muchos versos, desde luego—, es el instante real de la esperanza y, en la totalidad de los sentidos incluidos en el genitivo, la Hora sin duda de la profecía.

No realización precipitada de una utopía (post)mesiánica. Pero sí esa Hora en que, en la hora de más honda crisis, bajo la niebla densa e impenetrable, se ha escuchado el aviso: el tercero, el último sin duda. Es la Hora real del Encubierto, de la señal, poética, de un imperio por fin universal.

Y quizá en el momento de mayor confusión e incertidumbre («Nadie sabe lo que quiere. / Nadie sabe qué alma tiene, / ni sabe qué es bien ni mal»), es la Hora sin más, la del poeta.

(*La última Nao*, p. 127; *Tercero*, p. 157; *Niebla*, p. 171)

EL INFANTE

El que el Infante por antonomasia sea Don Enrique el Navegante por supuesto que no admite réplica. Y que en él se concentre el des-borde portugués hacia los mares, la expansión de la civilización y del Imperio, tampoco. En tal sentido, el poema alude a un hombre, mas también, sobre todo, a un destino.

(*El Infante*, p. 103)

LAS ISLAS AFORTUNADAS

¿Azores, Madeira, Canarias? Las Islas Afortunadas, o de los Bienaventurados, son creación griega que seguramente no posee referente preciso, pero que una ya antigua tradición ciertamente sitúa en el Atlántico. Píndaro, en la segunda de sus *Olímpicas*, hizo poesía de esas islas, aunque es Hesíodo el primero en facilitar noticia de ellas, como también de tantas otras cosas. Según parece, Zeus las creó para que los virtuosos y esforzados gozaran, *post mortem*, de eterno descanso, serena y plácida satisfacción y discreta opulencia finalmente (sin ostentaciones ni fatigas).

(*Las Islas Afortunadas*, p. 147)

DON JUAN, INFANTE DE PORTUGAL (1400-1442)

Hijo de Juan I y de doña Felipa de Lancaster, llegó a ser Condestable de Portugal. Su destino se ve algo oscurecido por sus insignes parientes. Participó en la conquista del norte de África y asistió, desconsolado y a distancia, a la muerte de su hermano don Fernando.

Vivirá con intensa desazón las luchas sucesorias que terminan con la regencia de Pedro, otro de los hermanos de Don Juan, en el 1439.

(*Don Juan, Infante de Portugal*, p. 83)

DON JUAN PRIMERO, REY DE PORTUGAL (1357-1433)

Cabeza del Reino tras la crisis sucesoria y las escaramuzas, o batallas, que estuvieron a punto de convertir a Portugal en feudo de Castilla, con su prudente acción legislativa logró estabilizar su territorio. Impulsó el despliegue en África y apoyó con eficacia e insistencia la aventura marítima lusitana, contando con la ayuda inestimable de su hijo Enrique el Navegante. Que sea conocido como «el Grande» es auténtica muestra de su éxito.

(*Don Juan Primero*, p. 71)

DON JUAN SEGUNDO (1455-1495)

Vida curiosa, época agitada y fama controvertida las de Juan II de Portugal, denominado en su época «el Tirano» y «el Perfecto» en la posteridad. Astuto y decidido (o bien cruel), se iniciará muy joven en mantener conquistas y contiendas. Como también muy joven se vería obligado a desconfiar de la aristocracia circundante —que temía su ascenso al trono, producido en el 1481—. De hecho, ejercerá una política de centralización del poder en el monarca en detrimento de la aristocracia. Ser su enemigo, o su mero adversario, comportaba sin duda ciertos riesgos: la prisión, la condena a muerte, la ejecución, el exilio, y tal vez el envenenamiento o el accidente ocasional.

Resolvió los conflictos interiores e intentó afrontar los exteriores (sobre todo respecto de Castilla). El famoso Tratado de Tordesillas (y, con él, la partición del mundo en dos áreas de dominio e influencia) se firmó bajo su reinado.

La historia le debe el impulso, renovado y reforzado, a la aventura portuguesa: hechos realmente significativos, como la expedición de Bartolomé Díaz o las que emprendiera Diego Cao, se produjeron con su patrocinio. Es testigo igualmente del triunfal primer viaje de Colón, y acaso fuera el primer monarca informado del «descubrimiento»... de la ruta atlántica a la India, ya que Colón recaló en Lisboa (como antes hiciera en las Azores), donde le relató al rey portugués los avatares de su singladura.

(*Don Juan Segundo*, p. 95; *El Monstruo*, pp. 109-111)

FERNANDO DE MAGALLANES (1480-1521)

En el 1522, y al mando de Juan Sebastián Elcano, terminaría una expedición que comenzó en Sevilla en el 1519 —y en la imaginación bastante antes—. Atravesando océanos y mares, la Tierra fue circunnavegada, y por lo demás, seguramente, sin intención maligna ni propósito.

La proeza que había hecho posible descubrir aquel nuevo continente se entendió cual pasaje hacia la(s) India(s); la proeza que dio la vuelta al mundo pretendía llegar del mismo modo a las «Islas de la Especiería» (las Molucas) a través del Atlántico: esquivando o burlando así la zona que correspondía a Portugal en virtud del Tratado de Tordesillas (1494).

El visionario que comandó la travesía, a mayor gloria de Carlos I (de las Españas, y V de Alemania), fue Magallanes, marino portugués. De familia de hidalgos, tras crecer en la corte de Juan II guerreó en la India, a las órdenes de Alfonso de Alburquerque, así como en tierras de Marruecos, donde tendría algunos problemas legales, cosa que vino a dificultar que permaneciera en Portugal.

Concebida la idea de abrir la nueva ruta atlántica para arribar a las Molucas, tras dilatados estudios geográficos presentó un proyecto a dicho fin que aprobaría el rey de España. Y no sólo logró la aprobación, sino además la concesión de comisiones y beneficios estimables en dinero y especie; como también contó con el apoyo de geógrafos y cartógrafos diversos que se encargarán de la logística, más el cronista veneciano Pigafetta, que convirtió en leyenda la aventura.

El navegante atravesó el Atlántico, padeciendo duda y desconfianza, motines y algunas deserciones. Pero descubrió el ansiado paso hacia el Océano Pacífico a través del estrecho que conocemos hoy por su apellido. La calma mortal del nuevo océano (que recibe su nombre por comparación con el Atlántico) en el momento de su travesía vino a traer consigo largos meses de demora y de incertidumbre; y enfermedad y hambre, hasta tal punto que el serrín o las ratas fueron manjares muy solicitados.

Magallanes llegó, efectivamente, a las «Islas de la Especiería». Pero murió en combate, en Filipinas, con(tra) una tribu de Cebú.

(Fernando de Magallanes, p. 119)

EL MONSTRUO

Cierta criatura mitológica que concentra su empeño en engañar y atacar a los navegantes portugueses (en especial a Vasco de Gama), para impedir con ello el despliegue oceánico portugués.

Al parecer, se trata de Adamastor, presunto hijo de Gea, por más que su padre genuino —literario— es Camoens, quien, en la quinta parte de *Os Lusíadas*, lo describe como enorme criatura que habita en el fondo de los mares: a saber, en el Cabo de las Tormentas, donde el Atlántico se une con el Índico.

A la victoria de los marineros sobre el monstruo como sobre cuanto representa se debe el cambio de nombre de ese cabo —ahora llamado de Buena Esperanza—, y la expansión portuguesa por el Índico.

(*El Monstruo*, p. 109-III; *Alba*, p. 169)

DON PEDRO, REGENTE DE PORTUGAL (1392-1449)

Siendo armado como caballero en la recién conquistada Ceuta, sería hombre de una gran cultura y de una excelente educación. Asumió la regencia en un momento de crisis institucional y nacional. Tal vez por ello emprendió una política de centralización administrativa que, si por una parte se encontraba sin duda en consonancia con iniciativas políticas similares en los reinos de Europa, era una especie de declaración de guerra frente a la ambición de la nobleza. Ni el rey posterior —Alfonso V— ni tampoco el reino portugués fueron generosos con Don Pedro, que murió en combate en el 1449.

(*Don Pedro, Regente de Portugal*, p. 81)

EL QUINTO IMPERIO

La del Quinto Imperio constituye una poética y una profecía, como es un esquema de la historia. Y también puede

ser, a su vez, una teología, cierto que no de forma necesaria. Como imperio-que- viene, está basado en el profetismo de la Biblia, y no sólo en el libro del Daniel que suele citarse como fuente, al que tanto el Padre Vieira como el propio Pessoa recurrieron. Y también en la obra, muy frecuentada, de Joaquín de Fiore.

La secuencia de los cuatro imperios clásicos (Babilónico-Asirio, Medo-Persa, Griego y Romano) deja abierta la historia por uno de sus extremos: su final, que sería a la vez acabamiento y consumación mediante un quinto: pero esta vez uno católico en su sentido enfático y completo, es decir, cristiano universal.

En el caso de Vieira va a anunciarse un imperio católico, el de la justicia real-izada, alcanzada a través de Portugal (pero no de otros candidatos que serían menos adecuados, como la España de Felipe VI, o de Carlos II); en el caso —el mensaje— de Pessoa, y ahí también Portugal mediante, se enuncia la pretensión de universal, frente a la hegemonía inglesa por entonces.

La adaptación forjada por Pessoa, elaborada a lo largo de los años, es en todo caso más compleja, dado que su lectura de los textos, comenzando por el de Daniel y siguiendo por los de De Fiore y Bandarra y Vieira entre otros muchos, a la vez atiende a tres estratos o tres planos de interpretación: intelectual, espiritual y material.

A partir de tal punto de vista, la secuencia que queda dominante alberga finalmente los imperios Griego, Romano, Cristiano y Europeo. El Quinto, el Imperio Universal, el Imperio pendiente o adviniente, en Portugal tendría su comienzo. Esperanza sin duda, y profecía. Y así lo escribe el propio Pessoa: «La vida humana está hecha de esperanza, por lo que la vida de las naciones, vida humana mayor, está hecha a su vez de profecías».

(*El Quinto Imperio*, pp. 141-143; Antonio Vieira, p. 155)

SANTO GRIAL

El utensilio cóncavo (vasija, copa, cuenco, vaso, cáliz...) que empleó Jesucristo en la Última Cena ya no sólo inaugura una época de la teología y la liturgia, sino de la literatura y de las artes.

Su elaboración es ya tardía. Aunque los primeros tiempos del cristianismo y los comienzos de la Edad Media fueron pródigos en promoción de las reliquias y elaboración de leyendas al respecto, sólo a partir del siglo XII el Grial se empieza a abrir un sitio, por lo demás con éxito creciente, en calidad de objeto y objetivo de lo que sería «la gran búsqueda» (*quest*). A partir de dicha tradición, la copa no contendría sólo el vino (y/o el pan) de la Cena, sino la sangre de Cristo, recogida por José de Arimatea, al pie de la Cruz.

Luego, el Grial llegaría a Bretaña: para integrarse en su «materia», junto a Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda. Desde Chrétien de Troyes hasta Wagner, pasando por Eschenbach, Milton o Blake, mucha es la literatura que se entretiene en ese Vaso. Y la pintura, y la música, y el cine...

La búsqueda, al parecer, no ha concluido. Claro que como tantas otras más.

(Doña Felipa de Lancaster, p. 73; *El Deseado*, 145)

SARGAZO

Una especie de alga que llega a alcanzar un gran tamaño: varios metros de plantas entrelazadas pueden flotar en el agua formando inmensas colonias, y causando dificultad a la navegación.

Así sucede en el Mar de los Sargazos (del Atlántico Norte): tal como constata la experiencia, y hasta ratifica la leyenda, los navíos encallan en un piélago de «vides marinas», de donde la calma de los vientos y el espesor de vegetales no los dejan salir. Se creía que en medio de ese mar se hallaban ubicadas unas islas maravillosas y casi inaccesibles; la leyenda consta en el *Libro de las Maravillas* de Marco Polo. Los

navegantes españoles y portugueses contribuyeron al éxito del mito.

(*Calma*, p. 167)

DON SEBASTIÁN, REY DE PORTUGAL (1554-1578)

Don Sebastián heredó el trono de Portugal dieciocho días antes de nacer —una edad prematura, a todas luces, para las tareas de gobierno—. Nada más haber muerto su padre deja su madre la corte portuguesa —y al infante Sebastián en ella— para volver a su natal Castilla. Nieto del Emperador Carlos I, y por tanto sobrino de Felipe II, el príncipe se crió y se educó en una corte gobernada por su abuela y un tío que era cardenal.

Débil y enfermizo, siempre célibe (no se excluyen algunos escarceos homosexuales), con propensión espiritual y violentos arrebatos místicos, llegaría a tenerse como el último de los cruzados (tal vez el más piadoso); y concibió la idea, tan anacrónica como descabellada, de redimir Fez en cruzada contra el Turco. Nadie, ni aun su imperial tío, disuadiría a Don Sebastián, que logró reunir toda una flota, multinacional mas poco apta para enfrentarse en el combate frente a las escuadras de Al Malik, el sultán enemigo. La batalla concluyó en masacre. Miles de hombres murieron en lo que tan sólo fue, a la postre, una derrota espectacular. El Rey desapareció en el combate, y su cadáver nunca se encontró. Cierto que, según algunas fuentes, que el contumaz descreimiento vino a convertir en dominantes, fue hallado y sepultado en Alcazarquivir, y trasladado luego a Portugal. El choque se produjo el 4 de agosto de 1578, pero tanto la fecha como el óbito son objeto de devoción o de litigio.

A ese oscuro episodio se le debe esa suerte de mito del retorno que lleva el nombre de «sebastianismo», no del todo adecuado en realidad. Cierto que la desaparición (con o sin muerte) de Sebastián halló en Portugal un precedente humus literario de corte profético (las trovas de Bandarra) que auguraba el final y feliz advenimiento de una figura mesiánica —‘encubierta’— de la que pendían el futuro y el

destino del Reino. Uno que sería, andando el tiempo, el destino de la Humanidad. Y si ya el poema coetáneo de Camoens (*Os Lusíadas*) vino, *ante rem*, a asentar el mito, tanto la específica homilética como la Teología de la Historia del Padre Vieira lo potenció hasta el máximo: genuino mesianismo o milenarismo que arraigaba en el libro de Daniel para proyectar un Quinto Imperio bajo hegemonía portuguesa, en equilibrio variable e inestable entre nacionalismo y universalismo: la tensión no será ya abandonada.

A partir de entonces, cada crisis —o cada declive— se contrarrestó con la balsámica re-citación del mito. Y su, en ocasiones, inspirada o incluso genial variación. Tal es el caso del «nacionalismo místico» y el «sebastianismo racional» que teoriza y, a ratos, practica Pessoa. Filosofía poética (o al revés) que consistiría en «integrar la metafísica en la literatura, haciendo de la construcción de misterios filosóficos una forma de arte, un entretenimiento superior del espíritu, y del literario sobre todo».

(*Don Sebastián, Rey de Portugal*, p. 85;
La última Nao 127-129; Don Sebastián, p. 139;
El Quinto Imperio, p. 141; *Antonio Vieira*, 155)

TEMPLO

En virtud del recorte que segrega y sacraliza un terreno, el templo (*témenos*, *templum*) es en sí superficie sustraída a los usos comunes: protegida y prohibida, con-sagrada y sagrada. Portugal lo es en su conjunto —o lo es, quizá, según Pessoa—.

En cuanto a los *Pauperes Commilitones Christi Templique Salomonici* —Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón—, más conocidos como los Templarios, son, consecuentemente, sus custodios; como quizás lo sean de todo espacio y de cada camino que sea sagrado. Se trata de una de las vigorosas órdenes medievales de monjes-soldado, que se fundó al final de la Primera Cruzada.

Los Templarios llegaron a ser una rica y poderosa institución, desde el punto de vista militar como también en el

financiero (el formidable castillo de Ponferrada —es decir, *Pons ferrata*— nos da cuenta de su auge y esplendor). Ese poder acarreó quizá su ruina. Y, sin duda, su leyenda.

Por lo mismo acabaron siendo objeto de las intrigas de nobles y de reyes que habían contraído enormes deudas con la Orden templaria, y que además temían su influencia y creciente autoridad. Así se propagaron los rumores sobre las infames ceremonias que practicaban en las iniciaciones, de sus cultos diabólicos y sus perversiones incontables.

La Orden fue disuelta y los Caballeros perseguidos, torturados y asesinados. Y hasta hoy llega la leyenda de su gloria, de su final abrupto y de sus secretos persistentes.

Su último Gran Maestre, Jacques de Molay, fue detenido, acusado de herejía y sacrilegio, de adoración a Lucifer y de diversas conductas escabrosas que, con la presión de la tortura, se vería obligado a confesar. Moriría en la hoguera el 18 de marzo del 1314. Pero antes maldijo a sus captores, que murieron en oscuras circunstancias. Así nació el mito.

En uno de sus esbozos (póstumo, como lo fueron casi todos) citaría Pessoa a De Molay junto a Sócrates, Julio César, Jesús de Nazareth y, sin duda, el rey Don Sebastián. Ciertamente, no es mala compañía.

(*Don Juan Primero*, p. 71)

DOÑA TERESA (¿?-1130)

Corresponde a Teresa (de León) el destino, o el mérito, de haber concebido al que sería, años después, primer rey de Portugal, Alfonso I; germinando así el Reino, estrictamente.

No fue fácil su vida: ya viuda, ejerció el gobierno (del entonces Condado Portucalense). Combatió a su hermanastra Doña Urraca. Y como la guerra y el poder se hacen adictivos con el uso, discutió el gobierno hasta a su hijo. Combatió y, finalmente, (lo) perdió.

(*Doña Teresa*, p. 65)

LA TIERRA

La superficie que a todos nos sostiene puede sin duda ser considerada, según el informado relato de Hesíodo, como la fuente primordial de(l) todo. Sólo precedida por (el) Caos —esa especie de boquete enorme, grave vano o bostezo in-augural—, Gea, la de amplio seno, fue la madre de Urano y Ponto (a saber, del Cielo y del Océano) sin mediar un contacto «carnal» previo. Apareada luego con Urano, parirá a los titanes, a los ciclopes y a los hecatónquiros (centimanos). Como abuela de dioses, su *matrocinio* se extiende en consecuencia sobre (y bajo) todo lo existente. Como, por tanto, a todo lo existido.

(*Fernando de Magallanes*, p. 119)

TITANES

La *Teogonía* de Hesíodo refiere, junto a otras cosas igual de interesantes, la historia del nacimiento y la ruina de los fuertes titanes, raza superior de extra-ordinarios hijos de Cielo y Tierra (Urano y Gea), es decir, la pareja primordial —padres de variadas descendencias entre las que los dioses también tienen un lugar distinguido—. Al igual que los dioses, los titanes de la primera generación eran en total doce (a saber, seis varones y seis hembras), aunque en algunas relaciones —la de Apolodoro, por ejemplo— aumenta la nómina. Esa raza ejerció el gobierno en la denominada «Edad de Oro»: una designación más que brillante que se compadece escasamente con la sensibilidad tardía, (pos)moderna.

Según parece, los titanes fueron realmente pioneros en sacar sus conclusiones, de carácter práctico —sin tener que explicarse 'en teoría'—, del «complejo de Edipo»: ayudado pues por sus hermanos, Cronos, el menor de los titanes, se rebeló contra su padre, Urano, al que sometió a emasculación y consecutivo troceado.

Ni buen gobernante ni buen padre (por su parte contraería el hábito de comerse a sus hijos al nacer), sufre Cronos

igual suerte que Urano: Zeus, el menor de (aquel)los dioses, comandaría una rebelión: tras derrocar al padre, sometió a los titanes que se le oponían a diversos castigos duraderos. Atlas, que fue el comandante en jefe de las fuerzas del viejo titanismo, aún sostiene hoy el cielo con sus hombros...

(Fernando de Magallanes, p. 119)

ULISES

«Lisboa, por el griego edificada...». Así comienza un soneto de Lope de Vega dedicado al magistrado Gabriel Pereira de Castro, autor de un poema épico de título *Ulisseia ou Lisboa edificada* (1636). Por más que no sea ese poema el que con mayor éxito finalmente difunde la leyenda, sino *Os Lusíadas*, de Luís Vaz de Camoens, padre omitido, si no negado, por Pessoa.

Ulises, rey de Ítaca, uno de los señores de la guerra que, al arribar en sus «cóncavas naves», participó en la Guerra de Troya, y a cuya astucia (*métis*) se atribuye la victoria final, fue por demás un navegante intrépido. Si es que dicha y famosa cualidad no se muestra en la *Iliada*, en tanto poema de la guerra, sí se hace evidente en la *Odisea*, poema del regreso demorado (*nóstos*) del héroe a su casa.

La leyenda, antigua, hace de Ulises fundador de Ulisipo (Olissipo): de Lisboa. Siendo mito durmiente, fue vigorosamente reactivado en la época de las aventuras portuguesas y los descubrimientos transatlánticos. Intento hubo de dar a la leyenda verosimilitud historiográfica: cosa tan redundante como absurda frente a aquello que es verdad poética, una en sí invulnerable como tal.

(*Ulises*, p. 59)

VASCO DE GAMA (1469-1524)

Como gran navegante, y protagonista de *Os Lusíadas*, Vasco atesora en su biografía algunos rasgos de perfil heroico. Muy poco se sabe de su infancia: ni siquiera la fecha de su naci-

miento exactamente. Pero indudablemente floreció, como diría un griego, en el combate. Y mostró además, desde el principio, su competencia náutica, basada en conocimientos acendrados, una resolución sin titubeos y abundantes destreza y osadía.

Bajo el reinado de don Juan II, del que Vasco de Gama había sido eficaz servidor, los portugueses habían realizado travesías enormes; la costa occidental de África ya no era un misterio: el (renovado) Cabo de Buena Esperanza —y su monstruo, o su miedo— fue derrotado por Bartolomé Díaz, con lo que quedaba iniciado el ascenso por la costa oriental del continente. Así, correspondió a Vasco de Gama la misión de completar el viaje —ya en los tiempos de don Manuel I—, arribando a la India, donde muere finalmente, enfermo de malaria.

Tres fueron sus expediciones hacia Asia, y ninguna tranquila. Soportó calmas y fuertes temporales, y rebeliones y traición y acoso. Ciertamente respondió, en todo caso, con aquella firmeza expeditiva que otros consideran crueldad. Ciertamente supo, desde joven, que la vida del conquistador suele ser tan ardua como breve, y jamás dejó que los escrúpulos pusieran en riesgo esa vida siempre amenazada. No le detuvo el miedo, mientras que la diplomacia y el comercio, tanto como la pólvora y la sangre, se integrarían siempre, sin contradicción, en su política.

Con su cálculo, astucia y valentía irá ganando para Portugal inmensos y preciosos territorios, mientras que estableció y aseguró nuevas rutas bastante lucrativas. Por lo demás, antepuso a todo(s) su misión y destino, que eran acaso los de Portugal en su competencia con Castilla, en esa fase de la globalización, esos tramos primeros constitutivos de una (y aún temprana) de las modernidades sucesivas. Ganó así la carrera hacia la tierra de la «especiería», y con ello poder y territorio(s). Y, finalmente, (se) ganó la gloria, con admiración no exenta de temor.

Y es que, desde el poema de Camoens, la leyenda construida con su nombre ha sabido sin duda eufemizar los severos rasgos de la historia.

(Ascensión de Vasco de Gama, p. 123)

ANTONIO VIEIRA (1608-1697)

Dado que la homilética, es decir, la retórica de púlpito, no parece gozar de los favores de la crítica y público actuales, el genio del Padre Antonio Vieira tal vez sea difícil de apreciar. Ciertamente que, hasta leídos, sus sermones muestran arrojo y fuerza persuasiva; pero les falta tanto el contexto de enunciación (y recepción) como el espacio social donde los grandes predicadores realmente competían por ganar el favor del auditorio (de los nobles, mas también del pueblo): en Portugal, así, António Bandeira, António de Spínola, António de Sá, Cristóvão de Almeida, Cristóvão de Lisboa, Diogo de Areda, Francisco Escobar, João da Conceição, João de Deus, José do Espírito Santo, Lopo Soares o Luis de Sá. Y entre ellos destaca, sobre todo, el que fue, a juicio de Pessoa, «emperador de la lengua portuguesa».

Antonio Vieira emigró a Brasil cuando sólo era un niño todavía. Y en Bahía hace estudios al amparo de la Compañía de Jesús. Sus conocimientos, como muestran muchos de sus escritos posteriores, vienen a ser del más amplio espectro, en el que destacan las humanidades, la teología y el derecho, junto a las ciencias y las matemáticas. Muy dotado para el ejercicio y conocimiento de las lenguas, aprenderá las de los indígenas, a los que defiende con ahínco en tiempos no propicios para ello, defendiendo igualmente a los judíos. Ni los poderes profanos ni tampoco la Santa Inquisición apreciarían eso que de humano (y hasta, si se quiere, de divino) es posible observar en tal conducta; tampoco su Teología de la Historia fue positivamente valorada: fue perseguida con obstinación.

Ejerció la docencia y, una vez ordenado sacerdote, ingresó en la Compañía y ejerció como misionero.

Pese a sus visitas reiteradas a la Corte y al Vaticano, o de su prestigio bien ganado, enemigos temibles e implacables, tanto en la aristocracia cortesana como en el seno de la Iglesia (los dominicos o la Inquisición, de la que era enemigo declarado), someterían al Padre Vieira, mediante cárcel y persecución, a un forzado silencio. Y, finalmente, a lo que puede verse como exilio en Brasil —que tanto amaba—.

A través de la colección de sus *Sermoens* y de obras como *História do Futuro*, *Esperanças de Portugal*. *Quinto Império do Mundo*, o, entre otras, su *Clavis Prophetarum*, defendió una profecía de carácter milenarista y mesiánico que, con apoyo en el *Libro de Daniel*, como en los textos de Joaquín de Fiore y las viejas trovas de Bandarra, profetizaba el advenimiento de un Quinto Imperio —cristiano, universal—, del que Portugal sería guía; o al menos vehículo adecuado. Toda una Teología de la Historia, y una prosa excelsa, inmejorable.

(Antonio Vieira, 155)

VIRIATO (¿?-139 a.C.)

«*Roma traditoribus non praemiatur*». Así respondería —al parecer— aquel cónsul romano, Quinto Servilio Cepión era su nombre, a tres sicarios, Audax, Ditalcos y Minuros —fueron por él mismo contratados—, que asesinaron a Viriato actuando al amparo de la noche, mientras dormía el jefe lusitano.

Bien atestiguado por la historia (Livio, Suidas, Orosio, Diodoro y Apiano, entre otros muchos) aunque modelado en la leyenda, su figura es la de un jefe tribal que mostró un arrojo incomparable, excepcional capacidad en la estrategia y sentido proverbial de la justicia, que luchó con gran éxito, incansablemente, contra Roma. Jefe que, al parecer, debía el grado o el rango a la *auctoritas* conferida sin duda por sus hombres, rendidos a las destrezas y virtudes que el *dux* poseía. Disputado además con insistencia (sobre su lugar de nacimiento, como su propia «nacionalidad») igualmente por ambos Estados ibéricos, la convención o rutina, hace unos años, de denominar a aquel guerrero, en esta parte de nuestra península, con el dudoso término «caudillo», tal vez tenga que ver directamente con las costumbres y usos acuñados en el vocabulario político 'moderno'. Las ironías propias de la historia hacen que el rebelde lusitano fuera reivindicado y celebrado no sólo por corrientes libertarias sino por siniestras dictaduras: y, al menos aquí, en dos idiomas.

Al parecer, Viriato (si se acepta lo que viene narrado por Apiano en el libro VI de su *Historia romana*) fue uno de los pocos lusitanos que lograron salir de la encerrona, alevosa e indigna, de Servio Sulpicio Galba (*pretor hispaniae*), que acabó con la libertad o con la vida de la mayor parte de los jóvenes de la tribu a la que pertenecía.

Tal vez antes de dicha masacre fue Viriato pastor o cazador; mas devino guerrero. Con lo que, a lo largo de los años, y contando tan sólo con un puñado de fieles, prolongó una incesante actividad guerrillera que pondría en jaque a los romanos. A consecuencia de ello ha pasado a la historia como uno de esos capitanes que, combinando astucia y valentía, se enfrentaron a fuerzas superiores, tanto en su número como en su armamento. Ya la historiografía del Imperio —y no sólo la historia posterior— escribiría en clave de mito al referirse al jefe lusitano con enorme respeto, o hasta con rendida admiración: basada en su destreza militar o en la coherencia moral de su figura.

La traición que sirvió de epitafio a su vida fue claro *incipit* para su leyenda. Mas los traidores siguen reclamando siempre su obscena remuneración.

(*Viriato*, p. 61)

ÍNDICE

MENS AGITAT MOLEM

Para una lectura del Pessoa utópico 5

por Miguel Casado

MENSAJE

PRIMERA PARTE

BLASÓN

I. LOS CAMPOS

Primero. De los castillos 53

Segundo. De las quinas 55

II. LOS CASTILLOS

Primero. Ulises 59

Segundo. Viriato 61

Tercero. El Conde don Enrique 63

Cuarto. Doña Teresa 65

Quinto. Don Alfonso Enríquez 67

Sexto. Don Denis 69

Séptimo (I). Don Juan Primero 71

Séptimo (II). Doña Felipa de Lancaster 73

III. LAS QUINAS

<i>Primera.</i> Don Duarte, Rey de Portugal	77
<i>Segunda.</i> Don Fernando, Infante de Portugal	79
<i>Tercera.</i> Don Pedro, Regente de Portugal	81
<i>Cuarta.</i> Don Juan, Infante de Portugal	83
<i>Quinta.</i> Don Sebastián, Rey de Portugal	85

IV. LA CORONA

Nuño Álvarez Pereira	89
----------------------	----

V. EL TIMBRE

<i>Testa del Grifo.</i> El Infante don Enrique	93
<i>Un ala del Grifo.</i> Don Juan Segundo	95
<i>La otra ala del Grifo.</i> Alfonso de Alburquerque	97

SEGUNDA PARTE

MAR PORTUGUÉS

I. El Infante	103
II. Horizonte	105
III. Pilar	107
IV. El Monstruo	109
V. Epitafio de Bartolomé Díaz	113
VI. Los Colones	115
VII. Occidente	117
VIII. Fernando de Magallanes	119
IX. Ascensión de Vasco de Gama	123
X. Mar portugués	125
XI. La última Nao	127
XII. Oración	131

TERCERA PARTE EL ENCUBIERTO

I. LOS SÍMBOLOS

- Primero.* Don Sebastián 139
Segundo. El Quinto Imperio 141
Tercero. El Deseado 145
Cuarto. Las Islas Afortunadas 147
Quinto. El Encubierto 149

II. LOS AVISOS

- Primero.* Bandarra 153
Segundo. Antonio Vieira 155
Tercero (Mi libro escribo ...) 157

III. LOS TIEMPOS

- Primero.* Noche 161
Segundo. Tormenta 165
Tercero. Calma 167
Cuarto. Alba 169
Quinto. Niebla 171

GLOSARIO 173
por Patxi Lanceros

PIERRE JEAN JOUVE 16 Poemas EDICIÓN BILINGÜE DE CARLOS EDMUNDO DE ORY

Jouve es uno de los poetas centrales de la lírica europea del siglo XX, aún muy poco traducido al español. Influidor por las tradiciones místicas y esotéricas, Jouve es uno de los máximos representantes europeos de la poesía entendida como una aventura del espíritu. Murió en París en 1976. El poeta español Carlos Edmundo de Ory, que trató a Jouve en París, vuelca en estas versiones todo su saber lírico y rinde su particular homenaje a la obra del gran poeta francés.

VOCES	ISBN 978-84-96775-92-3	formato 12 x 16,5 cm	pp. 64	ilustr. —	pvp 10 € [9,62]
-------	------------------------	----------------------	--------	-----------	-----------------

GIORGIOS SEFERIS Tres poemas secretos EDICIÓN BILINGÜE DE ISABEL GARCÍA GÁLVEZ

Estamos ante el último libro publicado por G. Seferis: una suerte de testamento lírico en donde se dan la mano una indagación moral y sensible que hunde sus raíces en la tradición helénica y en las grandes voces de la cultura occidental y una concepción del hecho poético que, en la estela mallarméana, rechaza reproducir lo real en las palabras para intentar generar la realidad misma, para crear su propia realidad. Poesía física y metafísica, poesía opaca pero atravesada por un diseño de luminosidad y transparencia.

VOCES	ISBN 978-84-96775-50-3	formato 14 x 20 cm	pp. 96	ilustr. —	pvp 14 € [13,47]
-------	------------------------	--------------------	--------	-----------	------------------

GEORG TRAKL / ALFRED KUBIN Revelación y ocaso Los poemas en prosa

EDICIÓN BILINGÜE DE JUAN BARJA

Este libro, publicado póstumamente en 1915 en la revista de Ludwig von Ficker *Der Brenner*, está compuesto por las cuatro piezas que constituyen toda su producción en prosa. En la presente edición, estos textos de alcance simbólico, enigmáticos y llenos de fuerza, rebosantes de imágenes brutales y seductoras, se acompañan de los trece dibujos que Kubin realizó *ex profeso* para la obra.

VOCES	ISBN 978-84-96258-53-2	formato 14 x 20 cm	pp. 64	ilustr. 13 bn	pvp 13 € [12,50]
-------	------------------------	--------------------	--------	---------------	------------------

STÉPHANE MALLARMÉ Herodías EDICIÓN BILINGÜE DE ANTONIO Y AMELIA GAMONEDA

Mallarmé abordó el proyecto poético de *Herodías* en octubre de 1864; el 8 de septiembre de 1898, día anterior al de su muerte, trabajaba aún en el manuscrito de *Las bodas de Herodías*. Así se titulaba, en un segundo planteamiento, el poema inconcluso que atraviesa prácticamente la totalidad de su vida creativa. Con veintidós años concibió la que, pensaba, iba a ser su obra absoluta; aquella cuya palabra no llevase consigo sino la sensación de la materia nombrada.

VOCES	ISBN 978-84-96258-68-6	formato 12 x 16,5 cm	pp. 72	ilustr. —	pvp 12 € [11,54]
-------	------------------------	----------------------	--------	-----------	------------------

MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA Última necat

Última necat es el último libro de Manuel Álvarez Ortega (Córdoba, 1923), sin lugar a dudas «el poeta español más europeo del siglo XX» (Jaime Siles). Perteneciente a la denominada primera promoción de postguerra, su extensa obra, que abarca más de cincuenta libros entre originales y traducciones, bebe de la poesía metafísica inglesa, de los románticos alemanes y de los simbolistas y surrealistas franceses. Poesía en estado puro, ritmo exquisito. Naufragio sin luna.

VOCES	ISBN 978-84-15289-50-0	formato 14 x 20 cm	pp. 56	ilustr. —	pvp 11 € [10,58]
-------	------------------------	--------------------	--------	-----------	------------------

FERNANDO PESSOA Poesía II Los poemas de Alberto Caeiro 2

EDICIÓN BILINGÜE DE JUAN BARJA Y JUANA INAREJOS. EPILOGO DE MIGUEL CASADO

Cualquier poema verdadero se nos aparece originalmente como la luz donde se nos permite ver lo que hasta antes de él no veíamos. Así, el mismo poema se convierte en guía de quien lo lee. Y de eso se trata: de leer los poemas que Pessoa reunió bajo la firma de Alberto Caeiro, dejándose orientar por ellos. Este segundo volumen recoge los *Poemas inconjuntos* y los *Apéndices*.

OBRAS	ISBN 978-84-15289-15-9	formato 14 x 20 cm	pp. 240	ilustr. —	pvp 17 € [16,35]
-------	------------------------	--------------------	---------	-----------	------------------

FERNANDO PESSOA Poesía III Los poemas de Álvaro de Campos 1

EDICIÓN BILINGÜE DE JUAN BARJA Y JUANA INAREJOS. PRÓLOGO DE MIGUEL CASADO

En la obra de Álvaro de Campos se mezclan poemas que fueron objeto de un atentísimo proceso de construcción y otros que no se terminaron, quedaron abandonados o parecen simples apuntes abiertos a un trabajo posterior; más que una obra o libro cerrado, se trata de un verdadero taller donde coexisten varias voces, piezas perfectas y simples tentativas, lo casi siempre brillante con lo en ocasiones fallido.

OBRAS	ISBN 978-84-15289-44-9	formato 14 x 20 cm	pp. 352	ilustr. —	pvp 19 € [18,27]
-------	------------------------	--------------------	---------	-----------	------------------

FERNANDO PESSOA Poesía IV Los poemas de Álvaro de Campos 2

EDICIÓN BILINGÜE DE JUAN BARJA Y JUANA INAREJOS. PRÓLOGO DE ALBERTO RUIZ DE SAMANIEGO

El dinamismo vanguardista de los poemas de Campos se expresa en este materialismo martiroológico y destructor que quiere acabar con la mirada antigua: contemplativa, teórica. Aquella que, desde la distancia, observaba al mundo como un todo y, con ello, trataba de reflexionarse a sí misma como puramente espiritual, descorporeizada.

OBRAS	ISBN 978-84-15289-60-9	formato 14 x 20 cm	pp. 328	ilustr. —	pvp 18 € [17,31]
-------	------------------------	--------------------	---------	-----------	------------------

FERNANDO PESSOA Poesía V Los poemas de Álvaro de Campos 3

EDICIÓN BILINGÜE DE JUAN BARJA Y JUANA INAREJOS. PRÓLOGO DE PATXI LANCEROS

Pessoa nos dice en uno de sus textos: «Sólo hay dos tipos de constante disposición con los que la vida merece ser vivida: con la noble alegría de una religión o con el noble dolor de haberla perdido». Así, lo veremos, en alguna de las piezas más celebradas de Álvaro de Campos. Representativas acaso de la doble nobleza a la que hacía referencia: aquella que trasciende la condición vegetal y hace que la vida sea vivida.

OBRAS	ISBN 978-84-15289-73-9	formato 14 x 20 cm	pp. 268	ilustr. —	pvp 17 € [16,35]
-------	------------------------	--------------------	---------	-----------	------------------

FERNANDO PESSOA Poesía VII Los poemas de Ricardo Reis

ED. BILINGÜE DE JUAN BARJA Y JUANA INAREJOS. PRÓLOGO DE MIGUEL CASADO. EPILOGO DE JAVIER ARNALDO

Este volumen VII de la obra poética de Pessoa reúne la totalidad de los poemas que aquél escribió bajo el heterónimo de Ricardo Reis, autor de una poesía presidida por una concepción fragmentaria de la identidad: «En nosotros, innumerados, viven: si pienso o siento / no sé quién piensa o siente. / Soy tan sólo el lugar / donde se siente o piensa».

OBRAS	ISBN 978-84-16160-41-9	formato 14 x 20 cm	pp. 384	ilustr. —	pvp 20 € [29,23]
-------	------------------------	--------------------	---------	-----------	------------------

«Fernando Pessoa publicó *Mensaje* en diciembre de 1934; fue el único de sus libros que preparó para la imprenta, el único que vio editado, pues murió el 30 de noviembre de 1935, un año más tarde, sin haber culminado ninguno de sus otros proyectos. Y no solo por esto resulta un libro singular: su planteamiento parece cerrado en sí mismo, sin vías de comunicación a primera vista con los demás textos pessoanos; dibuja un lugar propio, relativamente aislado dentro de la escritura del autor, y no remite a la voz múltiple que ha hecho legendario a Pessoa, sino que contiene una de sus facetas menos frecuentadas, menos conocidas por los lectores que en todo el mundo tiene. [...]

»En *Mensaje* parecería que, en vez de la pluralidad de voces de los heterónimos que dialogan en el escenario del drama pessoano, aquí es una pluralidad de lenguas la que entabla conversación: la heráldica, la emblemática, la mesiánica, la mitológica, la esotérica, la numerológica, la de la tradición literaria... Pessoa tuvo que realizar una tarea ingente para escribir y organizar, para articular todos los subtextos, tramas y codificaciones. Sin embargo, nunca se desprendió de una especie de malestar que le producía *Mensaje*, y que quizá no era sino el modo de incorporarlo a una obra inestable y en conflicto siempre consigo misma». (Miguel Casado)

Mensaje representa el **volumen VIII** de la obra poética de Fernando Pessoa que ABADA está publicando en edición bilingüe y anotada. El presente volumen se ofrece con un Prólogo de Miguel Casado y un Glosario de nombres de Patxi Lanceros.

	IBIC: DCF	 9 788416 160594
«OBRAS»		
ABADA EDITORES		